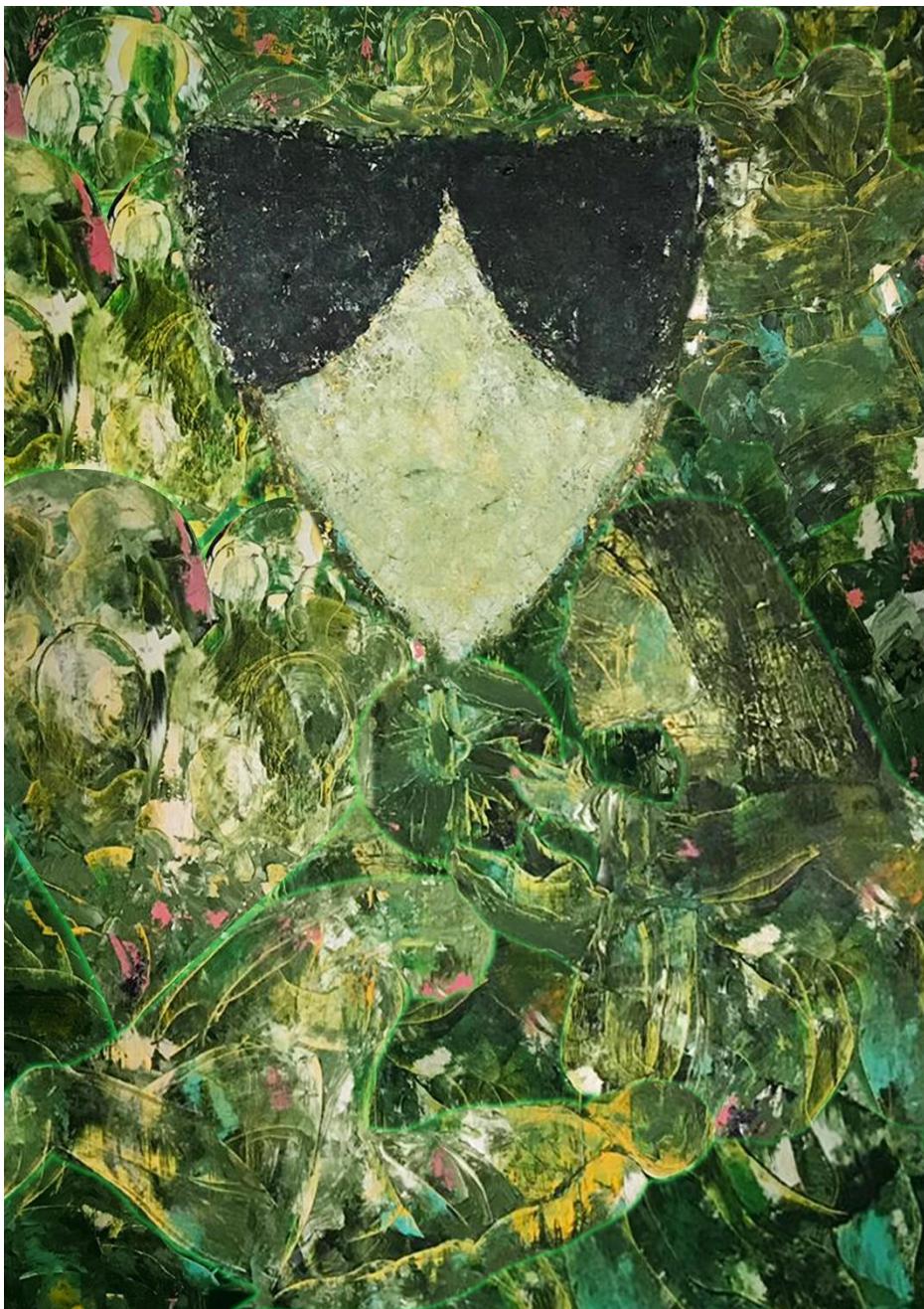


MÁS ALLÁ DE LA PALABRA

LA ESPIRITUALIDAD DEL LAICADO DOMINICANO



FRATERNIDADES LAICALES DE SANTO DOMINGO
DE LA PROVINCIA DE HISPANIA

VALENCIA 2025

MÁS ALLÁ DE LA PALABRA

LA ESPIRITUALIDAD DEL LAICADO DOMINICANO

FRATERNIDADES LAICALES DE SANTO DOMINGO
DE LA PROVINCIA DE HISPANIA

VALENCIA 2025

29-05-2025

ISBN: 978-84-09-71953-2

Este libro ha sido editado por fray Julián de Cos O.P. y puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/espiritualidad-del-laicado-dominicano/>

Imagen de portada:

«Familia predicadora» (2019)

Este cuadro representa a la Orden de Predicadores y su carisma. Están simbolizados por un escudo central que está recorrido por arañazos, cicatrices y puntos de luz que son expresión de nuestra larga historia de existencia.

Es un emblema, marcado por el tiempo, que representa la predicación y destaca sobre una composición de tonalidades verdosas, amarillas y rosáceas, colores de la esperanza, la alegría y del amor; de la vida y la transformación, que nos indican la actualidad y novedad que la familia de Domingo sigue teniendo a pesar de los siglos.

En ese fondo es posible encontrar diferentes figuras que son imagen de los diferentes elementos que integran el carisma, así como de las diferentes ramas que conforman la familia dominicana.

Comenzando por la zona superior de la derecha podemos apreciar un grupo de frailes que sostienen libros en sus manos, personificando el estudio y la búsqueda de la verdad; bajo ellos, una monja con las manos abiertas y una vela encendida, que nos habla de la oración y la contemplación; a su izquierda, una hermana que se inclina para atender a una persona caída, remitiéndonos así a la compasión y la misericordia; sobre ella, ya a la izquierda del cuadro, un grupo de laicos conforman un solo corazón para significar la comunidad y fraternidad.

Por último, en la parte superior del cuadro, encontramos a la Virgen María con su manto abierto, recordando la devoción y el papel que la Madre de Dios tiene en nuestra vida y su constante protección sobre la Orden.

La obra original se pintó para el convento de Caleruega, lugar en el que todo empezó y en el que se nos continúa recordando que hoy somos nosotros, la familia dominicana del siglo XXI, los encargados de llenar de vida este hermoso legado que hemos recibido y que sigue siendo muy necesario para nuestra humanidad.

Fray Félix Hernández Mariano, O.P.

Convento de Santo Domingo de Scala Coeli (Córdoba)

<https://www.felixhernandezop.com/>

@felixh_op_art

CONTENIDO

PRÓLOGO: LA IDENTIDAD DE LAS LAICAS Y LOS LAICOS DOMINICOS.....9

Fray Cristóbal Torres Iglesias, O.P.

PRESENTACIÓN.....13

D. Juan Jesús Pérez Marcos, O.P.

**UNA VISIÓN GLOBAL DE LA ESPIRITUALIDAD DEL LAICADO
DOMINICANO15**

Fray Julián de Cos Pérez de Camino, O.P.

Los orígenes de la Orden de Predicadores	15
El desarrollo histórico del laicado dominicano	17
La autonomía de las fraternidades	18
La vivencia de la fraternidad	19
La unidad en la diversidad	20
El proceso de ingreso en la Orden	20
La democracia dominicana	21
El estudio dominicano	21
Los diversos modos de orar	22
La predicación a los alejados	23

**LA COMUNIDAD EN LA FRATERNIDAD DE LOS LAICOS DOMINICOS.
RETOS DE SU VIDA Y MISIÓN25**

Dña. María del Carmen Martínez Sola, O.P.

Introducción	25
La vida de una fraternidad	27
El carisma de Santo Domingo desde mi experiencia personal	27
Las notas que potencian la vida de una fraternidad	31
La pertenencia a la Orden de Predicadores: su implicación	32
Pero ¿qué rostro debemos manifestar al mundo?	34
<i>El de ser una «comunión dominicana» enviada a predicar el Evangelio.....</i>	<i>34</i>
<i>El dialogo laical dominicano como trasmisor del carisma de la Orden de Predicadores.....</i>	<i>34</i>
<i>Renovando el cielo por la evangelización y la misión común por el Reino</i>	<i>34</i>
Conclusión	35

LA ORACIÓN: UNA EXPERIENCIA DE FE QUE CREA UNA VERDADERA FRATERNIDAD.....	37
<i>D. Carlos José Romero Mensaque, O.P.</i>	
Una cuestión previa y una experiencia	37
¿Qué significa orar?	38
¿Cómo oraba Santo Domingo?	40
La oración en las fraternidades laicales	42
<i>¿Qué dice nuestra legislación?</i>	42
<i>La oración y la vida sacramental</i>	43
<i>La oración crea comunidad</i>	44
<i>La Virgen María, compañera y referente de oración</i>	45
<i>Una mirada final de oración-devoción</i>	46
LA FORMACIÓN DE LOS LAICOS Y EL ESTUDIO DOMINICANO.....	49
<i>Dña. Micaela Bunes Portillo, O.P.</i>	
La Regla de los laicos dominicos	49
La identidad del laicado, un signo de los tiempos.....	51
El estudio y la esperanza	52
El estudio y la verdad	55
LA PREDICACIÓN DOMINICANA EN UNA SOCIEDAD PLURAL.....	59
<i>D. Carlos Luna Calvo, O.P.</i>	
Mi ingreso en la fraternidad	59
Pero... ¿dónde están los dominicos?	62
«No necesito a tu Dios para sentir todo lo que me cuentas»	63
«Si, pero... Jesús sanaba y liberaba a otros de su opresión o exclusión en la sociedad»	65
«No pasa nada, la Iglesia somos todos».....	66
Se veía venir	67
«Hay muchas formas de evangelizar»	69
Seis caminos de conversión para plasmar la predicación dominicana hoy	70
<i>De una fraternidad de autoconsumo a una fraternidad evangelizadora</i>	70
<i>De una fraternidad «atrapada» en su presente imperfecto y débil a una Orden con una visión de eternidad</i>	72
<i>De un laicado preocupado de su autoestima a una Orden que arriesga por «oler a oveja»</i>	72

<i>De una fraternidad preocupada por su consistencia interna a una Orden que se «descalza» de ella para encontrarse con la oveja alejada.....</i>	74
<i>De un laicado indiferente por la salvación del más próximo a un laicado sensible por la salvación de las almas</i>	74
<i>De un laicado estático a una orden que practica y anima a su Iglesia hacia la itinerancia</i>	75
Conclusión.....	76
EL GOBIERNO EN LAS FRATERNIDADES LAICALES DE SANTO DOMINGO.....	77
<i>D. José Vicente Vila Castellar, O.P.</i>	
Hermanos (y Hermanas) de la Orden de Penitencia de Santo Domingo	80
Concilio Vaticano II.....	82
Estructura de gobierno	83
El servicio a las fraternidades.....	84
Dificultades que debemos afrontar	86
Buenas lecciones que he recibido.....	87
Conclusión.....	88
LA VIVENCIA DEL LAICADO DOMINICANO EN EL SIGLO XXI.....	91
<i>Dña. Covadonga Estévez Sarabia, O.P.</i>	
¿Qué ofrece la Orden de Predicadores al laico que busca a Cristo en la Iglesia?	91
Vocación del laico.....	92
La vocación del laico en la Eclesiología del Concilio Vaticano II .	94
Laicos y dominicos	98
La nueva evangelización y el laico dominico	99
Conclusión.....	100

PRÓLOGO: LA IDENTIDAD DE LAS LAICAS Y LOS LAICOS DOMINICOS

Fray Cristóbal Torres Iglesias, O.P.

Convento de Santa Sabina (Roma)

Promotor general del laicado

El laicado dominicano no se presta a definiciones simples. La diversidad de contextos en los que se desarrollan las vocaciones laicales en la Iglesia no admite reduccionismos. Entre las laicas y los laicos que profesan en la Orden de Predicadores se encuentran psicólogos, abogados, docentes, políticos, madres, artistas, abuelos, cónyuges y célibes. Los miembros de las Fraternidades Laicales de Santo Domingo cumplen la misión de la Orden en quirófanos, facultades universitarias, grandes almacenes y el ámbito familiar.

Lo esencial de ser dominico tiene poco que ver con ser laica, fraile o monja, aunque el carisma debe encarnarse en un camino vocacional concreto. En mi caso particular, vivo el carisma de Santo Domingo como fraile, presbítero y artista. A lo largo de la historia, todas las ramas de la Orden han dado origen a grandes artistas, desde Fra Angelico hasta la monja y pintora renacentista Plautilla Nelli, así como a creadores contemporáneos como la laica estoniana Kai Kiudsoo-Värv.

Lo cierto es que ser dominico o dominica implica ser uno mismo, pero en clave de Jesús, el *Verbo hecho carne* (cf. Jn 1,14). Cada miembro de la Familia de Santo Domingo da a luz al Verbo encarnado mediante sus dones, en la intimidad de la oración y siempre desde un contexto social, personal y vocacional muy concreto. Sin embargo, como afirma fray Julián de Cos en la introducción de esta antología, a diferencia de otras espiritualidades y carismas, la espiritualidad dominicana «no finaliza cuando se alcanza una buena relación con Dios, sino cuando compartimos lo que Dios nos da en la oración. Ese es uno de nuestros lemas: “Contemplar y dar lo contemplado”»¹.

¹ Ver más abajo: Julián de Cos, «Una visión global de la espiritualidad del laicado dominico», p. 23.

El laicado dominicano constituye la inmensa mayoría de la Orden de Predicadores, superando ampliamente la suma total de frailes, monjas y hermanas apostólicas. La mayor concentración de laicos de la Orden se encuentra en los 12 países que comprenden la región de Asia-Pacífico, con 126.988 miembros distribuidos en 1.582 fraternidades. La segunda región con mayor número de laicos es Europa, con 5.341 miembros pertenecientes a 373 fraternidades en 25 países. Le siguen Estados Unidos y Canadá, con 2.869 laicos; América Latina y el Caribe con 1.534 laicos organizados en 131 fraternidades; y la región de los países africanos, con 680 miembros del laicado dominicano distribuidos en 33 fraternidades a lo largo de 13 países.

En países como Filipinas, Pakistán, Corea del Sur y Taiwán, el laicado dominicano a menudo colabora estrechamente con los frailes y hermanas en sus ministerios y parroquias. Algunas fraternidades enfrentan el doble desafío de membresías envejecientes y falta de vocaciones, pero no todas. Como promotor general del laicado, he observado un crecimiento en el número de laicos en varios países. La cifra total actual asciende a aproximadamente a 137.412 laicos, en comparación con los 128.252 registrados en 2023.

En muchas fraternidades de Estados Unidos y Canadá, se empieza a notar un incremento de laicos más jóvenes, y el número de fraternidades está en crecimiento. Algunos laicos en esta región colaboran directamente con los frailes, mientras que otros se dedican a ministerios varios, desde la predicación en medios sociales a la pastoral penitenciaria. Incluso hay personas encarceladas en los estados de Texas, Georgia y la Florida que han ingresado a las Fraternidades Laicales de Santo Domingo y se dedican a servir a otros reclusos. De hecho, existe una fraternidad específicamente para laicos encarcelados en la prisión de Norfolk, Massachusetts.

Recuerdo mi primera visita a la Provincia de Vietnam con motivo del Capítulo General de Biên Hòa en 2019. Vietnam cuenta con el mayor número de laicos dominicos en el mundo, razón por la cual su participación en las liturgias y eventos culturales del Capítulo fue abrumadora. En particular, me impactó una exposición de arte organizada por el laicado dominicano de la Provincia, que no solo incluía obras pictóricas, sino también una impresionante cantidad de esculturas y tallados.

Además, conocí a laicos en Vietnam que colaboraban en el hospital de las hermanas dominicas de Santa Rosa de Lima, así como a otros que participaban en diversas labores sociales junto a las hermanas, casi siempre «por amor al arte» y, sobre todo, por el bien común. En Vietnam, donde el laicado dominicano es reconocido como un pilar fundamental de la Iglesia local, los laicos son verdaderamente las manos y los pies de Cristo al servicio de los más pobres.

Otro rostro del laicado dominicano es la Dra. Jennie Block, de mi Provincia de San Martín de Porres, quien durante muchos años fue asesora principal del Dr. Paul Farmer, fundador de *Partners in Health*², una organización de salud sin fines de lucro que revolucionó los sistemas de cooperación internacional para ofrecer atención médica gratuita y de alta calidad a los más pobres en países como Haití y Ruanda. También cabe mencionar a la Dra. Astrid Söderbergh Widding, presidenta de la Universidad de Estocolmo y laica dominica, quien en abril de 2023 fue nombrada presidenta de la Fundación Nòbel, institución encargada de otorgar estos prestigiosos premios.

Como podemos ver en estos dos ejemplos, así como en los anteriores, la vocación del laicado dominicano se distingue por la manera en que los laicos dominicos se encuentran «inmersos en la sociedad, con todas las realidades sociales, económicas y políticas que esta conlleva. Tenemos la posibilidad de vivir codo a codo con hombres y mujeres con los que nuestros hermanos y hermanas religiosos difícilmente entran en contacto»³.

La identidad dominicana de los hermanos y hermanas que acabo de describir -y de los autores antologados en este volumen- se sintetiza en la reflexión de Micaela Bunes sobre la formación y el estudio: «Los laicos estamos llamados a realizar una lectura cristiana de lo que ocurre, de las señales y signos que nos envían los acontecimientos», buscando su significado más profundo en los valores «[...] que todos nosotros reconocemos en la persona de Jesús de Nazaret, y que son también valores cristianos, encarnados en Cristo»⁴.

² Socios en la salud.

³ Ver más abajo: María del Carmen MARTÍNEZ SOLA, «La comunidad en la fraternidad de los laicos dominicos. Retos de su vida y misión», p. 34.

⁴ Ver más abajo: Micaela BUNES PORTILLO, «La formación de los laicos y el estudio dominicano», p. 50.

Es por la gracia de Dios, que obra a través de mi vocación dominicana, que he podido dar testimonio de la vida y santidad de nuestros hermanos y hermanas del laicado dominicano en todo el mundo. Agradezco de manera especial la oportunidad de hacerlo en este volumen, que recoge la reflexión histórica, pastoral y teológica de las fraternidades de la Provincia de Hispania. Uniendo mi voz a la de mis hermanas y hermanos, os invito a gustar y ver los frutos de su contemplación.

PRESENTACIÓN

D. Juan Jesús Pérez Marcos, O.P.

Fraternidad de Jaén
Vice-Presidente de las Fraternidades
Laicales de Santo Domingo de Hispania
Delegado Provincial de Formación

Querido libro:

Cuando nazcas a la luz, todo habrá parecido un suspiro, un breve camino, incluso, un resultado casual. Sin embargo, tu origen está en 2023 con la revisión del *Directorio de las Fraternidades Laicales de Santo Domingo de la Provincia de Hispania* y en la actualización de la *Regla* y las *Declaraciones Generales*. Tu contenido esencial procede de diversas conferencias impartidas a lo largo del año 2024 y de las aportaciones del *IV Encuentro Provincial de Formación Permanente de las Fraternidades Laicales de Santo Domingo de Hispania* en Torrent (Valencia, 2024). Y ahora ya estás preparado para ser leído... estudiado... meditado... dialogado... y orado... en pleno Jubileo Ordinario del año 2025.

Dice nuestra *Regla* que «el objetivo de la formación dominicana es formar adultos en la fe, capaces de acoger, celebrar y proclamar la Palabra de Dios»⁵. Pues bien, esto ha podido pasar de la potencia al acto, y tú eres el testigo. Las laicas y los laicos dominicos de la Provincia de Hispania hemos apostado por una formación proactiva. Hemos detectado nuestras necesidades y las de nuestros contemporáneos a través de una escucha activa y, a partir de ello, ofrecemos respuestas de *gracia y paz* para «hacer brillar la presencia de Cristo en el corazón de la humanidad»⁶ al modo de Santo Domingo, yendo en nuestra senda espiritual *más allá de la Palabra*, contemplándola y predicándola a todos, prestando una especial atención a los más alejados, a los que rechazan el Evangelio.

⁵ *Regla de la Fraternidad Laical de Santo Domingo*, n. 11.

⁶ *Ibid.*, n. 1.

Tu contenido sintetiza el trabajo de unos hermanos y hermanas de Hispania que han sido escogidos para este cometido. Mas, ¡atención!, explicar qué significa ser un laico dominico, cuál es su espiritualidad, cómo vive y qué hace, es como observar una estrella de forma aislada. Puedes verla y describir sus características y descubrir su movimiento; incluso, puedes conocer su entorno. Sin embargo, así no conoces a la estrella, pues ésta precisa de ser contemplada en su medio: el universo. Así es un dominico, ya sea laico, fraile, monja o hermana.

Los hermanos y hermanas que te han hecho realidad han explicado, desde una perspectiva y experiencia personal, lo esencial del laico dominico: cómo es el estudio, la oración, la comunidad y la predicación y cómo, también, estos se plasman en el gobierno y la vivencia dominicana, en nuestra identidad y nuestra espiritualidad; pero no debes ser leído de manera aislada ni independiente, sino interrelacionando unos temas con otros, porque el dominico es, parafraseando a Santo Tomás de Aquino en la *Suma contra los gentiles*⁷: ese punto del horizonte donde se unen todos los elementos en uno solo. Así es el dominico en medio de la Iglesia, de la humanidad y del mundo. Por eso, en la Orden de Predicadores no hay uniformidad, sino unidad en la diversidad.

Por último, decirte, querido libro, que, cuando estés entre las manos de tu lector, déjate leer. No seas respuesta fácil y rápida, sino un foro de interrogantes. No pretendas convencer a nadie, sino ofrécte y ofrécenos a todos como herramienta de reflexión. Y si en algún momento eres rechazado, no pienses en el fracaso, sino ten la convicción de que, simplemente, no ha llegado el momento y, por tanto, has de mantener firme la esperanza de tu mensaje, pues está robustecido por el amor a la Verdad.

Ya no te perteneces ni a ti ni a quienes te escribieron. Eres de Aquel a quienes alabamos, bendecimos y predicamos. Que quien te lea, reciba en sus manos lo contemplado en el corazón de todos los que hemos colaborado en tu elaboración.

Con esperanza,
Las laicas y laicos dominicos de la Provincia de Hispania.

⁷ Cf. II, c. 68.

UNA VISIÓN GLOBAL DE LA ESPIRITUALIDAD DEL LAICADO DOMINICANO

Fray Julián de Cos Pérez de Camino, O.P.

Real Convento de Predicadores (Valencia)

Antes de comenzar, quiero aclarar, para los que no nos conocen, que la Orden de Predicadores forma parte de la Familia Dominicana, en la que también están las Congregaciones de hermanas dominicas y otras asociaciones religiosas y laicales vinculadas espiritualmente a la Orden, como el Movimiento Juvenil Dominicano. Pero voy a hacer referencia sobre todo a la Orden de Predicadores, porque a ella pertenecen las fraternidades laicales dominicanas.

Dialogando con laicas y laicos en España y Latinoamérica surgen a veces varias preguntas: ¿Cuál es la especificidad de la espiritualidad del laicado dominicano? ¿En qué se diferencia de la que pueden vivir los laicos que forman parte de un Movimiento cristiano, una cofradía de Semana Santa o una fraternidad laical de otra familia religiosa? Y más aún, ¿en qué se diferencia la espiritualidad laical dominicana de la que viven las hermanas dominicas de vida activa, las monjas y los frailes dominicos?

Esto es algo que deben contestar los propios laicos y laicas, porque son ellos los que lo viven. Pero me han pedido a mí, que soy fraile, que aporte mi opinión.

LOS ORÍGENES DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Voy a comenzar por las primeras décadas de la Orden de Predicadores, cuando, estando recién fundada, en la primera mitad del siglo XIII, no tenía apenas recursos económicos, contaba con muy pocos miembros y vivía en una situación muy precaria. Ciertamente, la colaboración de muchas y valiosas personas laicas fue esencial para que la Orden comenzara su andadura.

Nos las podemos imaginar acompañando a los frailes de un pueblo a otro para guiarles o para protegerles de cátaros o de

malhechores. También proporcionando a las monjas y los frailes buenas semillas para la huerta, utensilios de cocina y otras cosas que eran necesarias en su vida cotidiana. Algunos hicieron de intermediarios con las autoridades para facilitarles ciertas gestiones. Otros les ayudaron a construir el convento o el muro de la huerta, o les consiguieron buenos libros para su biblioteca. Y todos ellos no tuvieron reparos en mostrar públicamente que compartían la misión predicadora de las monjas y los frailes dominicos. En aquellos lejanos tiempos en los que nacía la Orden de Predicadores, todas estas ayudas fueron fundamentales.

Pero ¿por qué lo hicieron? ¿Por qué invirtieron su tiempo, sus energías y su dinero ayudando a una pequeña y pobre comunidad de monjas o frailes? La respuesta es clara: porque se sentían espiritualmente unidos a ellos. Las monjas y los frailes dominicos deseaban compartir con aquellas personas su misión apostólica, su oración litúrgica, su saber espiritual y teológico, e incluso, de algún modo, su vida comunitaria, pues, aunque no convivían con ellos dentro de su convento, sí les hacían sentir que eran muy cercanas a su comunidad.

Aquellas personas laicas asistían a algunos rezos comunitarios de los frailes o las monjas, sobre todo al rezo de Completas, en el que participaba toda la comunidad y se rezaba muy solemnemente. También acudían a los conventos y monasterios para confesarse, realizar algún tipo de consulta o para recibir acompañamiento espiritual de una monja o un fraile.

Hay otro elemento muy importante: las familias más allegadas a las monjas y los frailes enviaban a sus hijos e hijas a estudiar en sus escuelas. Porque ya en 1206 Diego de Acebes y Santo Domingo quisieron que el incipiente monasterio de Prulla (situado en el sureste de Francia y que, a la postre, pasó a ser la primera comunidad dominicana) contase con una escuela para que las niñas y los niños de la zona pudiesen tener una adecuada educación católica, teniendo en cuenta que, cuando se fundó aquel monasterio, la educación infantil estaba monopolizada por los cátaros. Por eso, desde sus orígenes, se cuidó que hubiera escuelas para niños y jóvenes en los conventos y monasterios dominicanos. Además, en todos los conventos de frailes había una buena escuela de teología que estaba abierta a los vecinos, y era

un importante lugar de contacto con aquellos que se sentían atraídos por el saber y el conocimiento.

EL DESARROLLO HISTÓRICO DEL LAICADO DOMINICANO

Por eso es fácil imaginar cómo aquellas personas laicas de los primeros tiempos se sentían miembros de la Orden de Predicadores, aunque todavía no se hubiese creado –en 1285– la, así llamada, «Orden de la Penitencia de Santo Domingo», más comúnmente conocida como «Tercera Orden Dominicana», que se fundó totalmente integrada en la Orden de Predicadores, de tal forma que las laicas y los laicos eran tan dominicos como las monjas y los frailes. Y, así, compartían su misión y su carisma, y estaban bajo el cuidado del Maestro de la Orden (es decir, del superior general).

Durante unos seis siglos hubo laicas dominicas que formaron diferentes tipos de comunidades de vírgenes consagradas, pero dichas comunidades desaparecieron en el siglo XX, pasando a ser congregaciones de dominicas de vida activa o monasterios de monjas dominicas contemplativas.

Pero la mayoría del laicado dominicano ha estado formado por laicas y laicos que no vivían en comunidad ni se consagraban a Dios por medio de los tres votos (pobreza, castidad y obediencia). Eso les diferenciaba de las monjas y los frailes, y aportaba una gran riqueza a la Orden de Predicadores.

Como ya pasaba en los primeros tiempos, siempre ha habido familias enteras ligadas a la Orden. Por ejemplo, podemos imaginar a una madre y un padre que eran miembros de la Tercera Orden, sus hijos e hijas eran educados por los frailes y las monjas, la madre ayudaba a éstos a conseguir buenas telas, y el padre les arreglaba el tejido. Asimismo toda la familia iba a Misa para escuchar la instructiva homilía del fraile. Y tenían una especial amistad con algunas monjas y algunos frailes. Todo ello hacía que aquella familia se sintiera profundamente dominicana.

Es decir, a lo largo de la historia ha habido muchas personas laicas muy integradas en la Orden de Predicadores, compartiendo plenamente su espiritualidad: sintiendo que formaban parte de una

amplia comunidad dominicana, junto a otros laicos, monjas y frailes que les valoraban y querían, orando comunitariamente con ellos y dando testimonio del Evangelio en su pueblo o en su barrio, ya fuese haciendo obras de caridad o colaborando de algún modo en la predicación dominicana.

Estas personas tenían muy clara su pertenencia a la Orden y la vivían como una especie de vocación. Y sabían que su espiritualidad era diferente, por ejemplo, a la de los terciarios franciscanos, para los que el estudio no es algo importante y, sin embargo, sí lo es la austerioridad de vida.

Es lógico pensar que también hubo laicas y laicos dominicos menos implicados en la vida de la Orden, llegando al extremo opuesto: personas sin ninguna vinculación con las monjas o los frailes, que ingresaban en la Tercera Orden Dominicana porque un amigo se lo había recomendado. Dichas personas asistían a las reuniones preparatorias, celebraban la ceremonia de ingreso y desde entonces se limitaban a ir a los actos obligatorios, pensando que eso las ayudaría a ir al Cielo. Esto, por desgracia, también se dio mucho.

Pues bien, ¿cómo podríamos aplicar todas aquellas antiguas vivencias a las actuales fraternidades laicales dominicanas, que son fruto de la nueva Regla de 1987? ¿Qué definiría hoy la espiritualidad de una laica y un laico dominicos?

LA AUTONOMÍA DE LAS FRATERNIDADES

Hasta ahora hemos hablado de laicas y laicos dominicos muy ligados a las monjas y, sobre todo, a los frailes. Tanto es así que, antes, cuando se reunían, casi siempre lo hacían con un fraile para que éste les diese una charla o celebrase para ellos una Eucaristía. El laicado dominicano era una especie de satélite de los frailes. Pero todo comenzó a cambiar con la nueva Regla de 1987. Con ella no sólo varió la terminología, dejando de hablarse de la «Tercera Orden» y de los «terciarios», también las fraternidades ganaron mucha capacidad de autogobierno dentro de la Orden de Predicadores. Si bien las fraternidades pueden contar actualmente con la ayuda de las monjas y los

frailes, su vitalidad espiritual depende fundamentalmente de sí mismas, es decir, de lo que decidan comunitariamente sus miembros.

Ante esta nueva situación, podemos preguntarnos: ¿qué puede ayudar a que una fraternidad viva ahora coherentemente la espiritualidad dominicana? Para contestar a esta importante pregunta me voy a basar en lo que he visto en las fraternidades que conozco, pero también en la vida dominicana que podemos encontrar en las comunidades de frailes, monjas y hermanas de vida activa, porque hay aspectos de nuestro carisma que todos los miembros de la Familia Dominicana podemos vivir de un modo muy semejante.

LA VIVENCIA DE LA FRATERNIDAD

Empecemos por lo más fundamental. Si las comunidades laicales se llaman «fraternidades», es porque han de fomentar las relaciones fraternas. Por eso buscan potenciar todo lo que une a los miembros de la fraternidad. El mayor enemigo de la vida fraterna es conformarse con cumplir con lo establecido, limitando la relación a las reuniones de la fraternidad y a los actos litúrgicos obligatorios. Por fortuna, he podido constatar cómo muchas fraternidades realizan actividades pastorales, caritativas o lúdicas que ayudan a estrechar las relaciones entre los miembros de la fraternidad.

Las reuniones mensuales de las fraternidades son fundamentales para consolidar el sentimiento de comunidad. Los temas que se tratan en dichas reuniones son muy variados y dependen mucho de la «personalidad» de cada fraternidad. Por desgracia, algunas siguen limitándose a escuchar una charla piadosa de un fraile o una monja. Otras son meras clases de formación catequética o dominicana. Pero afortunadamente se está tomando conciencia de que en las reuniones deben tratarse temas que realmente ayuden a los participantes a vivir mejor su fe y den pie a compartir sus experiencias, problemas y deseos, dentro de un sano clima de confidencialidad. Porque si las reuniones no aterrizan en la vida real de los miembros de la fraternidad, poco tendrán de fraternas.

También he visto que ayuda a fomentar la fraternidad tener buenas relaciones con otros miembros de la Familia Dominicana, ya sean laicos, hermanas de vida activa, monjas o frailes. Porque ese

contacto va haciendo que todos tomemos conciencia de que formamos una gran comunidad que sigue a Cristo al estilo de Santo Domingo.

LA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

Hay un elemento espiritual muy dominicano que algunos otros grupos o comunidades cristianas rechazan. Se trata de la pluralidad. Si alguien desea vivir en un entorno monolítico, donde todos piensen de un modo parecido y tengan una religiosidad similar, mejor que no trate de ingresar en una fraternidad dominicana. Porque se va a escandalizar viendo cómo disfrutan de su amistad personas de izquierdas y de derechas; hinchas del Barça y del Madrid; vendedoras ambulantes y profesoras universitarias; gente casada y personas solteras. En la Familia Dominicana todo es permitido, salvo lo que no se acomoda al Evangelio o va en contra del bien común.

Pero debemos tener en cuenta que para vivir la unidad en la diversidad, es necesario alcanzar un determinado grado de madurez humana. Si bien los miembros de la Orden de Predicadores fuimos adquiriendo dicha madurez en nuestro ámbito familiar y social, después la hemos desarrollado en el periodo de ingreso en la Orden. Por eso el proceso de formación es muy importante.

EL PROCESO DE INGRESO EN LA ORDEN

Como pasa en las otras ramas de la Familia Dominicana, para incorporarse a una fraternidad laical es necesario pasar por unas etapas en las que el aspirante va adquiriendo una serie de conocimientos que le capaciten para desenvolverse dentro de su fraternidad y de la Orden. Y, asimismo, va introduciéndose poco a poco en la vida interna de la fraternidad en la que desea ingresar.

Cada etapa de formación finaliza con un doble discernimiento, porque no sólo debe discernir su vocación dominicana el propio aspirante, también deben discernirla los miembros de la fraternidad. Y así, poco a poco, si todo va bien, podemos ver con satisfacción cómo el aspirante llega a su último paso, que es el rito de emisión de la promesa perpetua, gracias a lo cual ingresa definitivamente en su

fraternidad y en la Orden de Predicadores, fruto de un largo proceso de formación y maduración.

LA DEMOCRACIA DOMINICANA

La unidad en la diversidad se experimenta claramente en el sistema de gobierno dominicano, pues es esencialmente democrático. Eso significa que el máximo órgano de poder de una fraternidad es la Asamblea, en la que se reúnen los miembros de la fraternidad que han emitido la promesa perpetua. Y lo mismo ocurre en todos los niveles de gobierno de la Orden de Predicadores.

Aquellos que han sido elegidos para ocupar un cargo de poder, deben hacer cumplir lo que la comunidad ha discernido dialogadamente en la Asamblea, el Capítulo o el Consejo. Y decimos «discernido» porque se trata de discernir comunitariamente la voluntad de Dios, por medio del diálogo fraternal entre iguales. Así se ha gobernado la Orden de Predicadores durante más de 800 años.

EL ESTUDIO DOMINICANO

Otra característica importante de la espiritualidad del laicado dominicano es la valoración y el respeto por el estudio. Porque el conocimiento nos ayuda a amar a Dios. Esto no significa que todos debamos ser estudiados, porque hay muchas dominicas y dominicos que, por diversas circunstancias, no pueden estudiar. Pero eso no les impide buscar a Dios ayudándose de su inteligencia.

El amor a la cultura y el conocimiento nos ayuda ser mejores predicadores. Por eso todas las comunidades dominicanas deben fomentar entre sus miembros la búsqueda de Dios. Ésta es una importante actitud. Sea cual sea el ámbito social o intelectual en el que nos movamos, siempre podemos encontrar una «semilla de sabiduría» sembrada por Dios.

En efecto, el estudio dominicano no se circumscribe a los libros, los cursos y las conferencias. Todo es susceptible de búsqueda y estudio. Porque Dios, de un modo u otro, está en todas partes. De hecho, conozco a laicas y laicos dominicos que tratan de descubrir qué les

comunica Dios por medio de reportajes, documentales, series o películas, visitando un parque zoológico, una sala de exposiciones o un museo, o asistiendo a una obra de teatro.

LOS DIVERSOS MODOS DE ORAR

La pluralidad también se vive en el ámbito de la oración. Porque hay muy diferentes modos y ámbitos para relacionarnos con Dios. Y eso debe ser valorado y fomentado en toda la Familia Dominicana. Recordemos que Nuestro Padre Santo Domingo oraba por las noches por medio del cuerpo (*los Nueve modos de orar*), también oraba cuando estudiaba (octavo modo) y cuando iba de camino (noveno modo). La Orden ha orado y difundido mucho el rezo del Rosario. Las monjas interceden por el bien de la humanidad desde la clausura de sus monasterios. También hacen Lectio Divina (o lectura meditativa). Santa Rosa de Lima, desde muy pequeña, repetía sencillas jaculatorias, a ejemplo de las antiguas monjas del desierto.

Es fácil ver a miembros de la Orden participando devotamente en procesiones. Otros prefieren recogerse interiormente para contemplar a Dios en lo hondo de su corazón, tomando como referencia la mística renana. A algunos nos gusta contemplar a Dios en la naturaleza o en el arte. Y también los hay que, siguiendo –en cierta medida– la espiritualidad ignaciana, practican la contemplación en la acción, relacionándose con Cristo mientras atienden ancianos, visitan a presos o dan clases de matemáticas.

Y esto es así porque no hay «un modo dominicano de orar». Santo Domingo se escondía para orar por las noches para que su oración con el cuerpo no pasase a ser una norma a seguir. Él, afortunadamente, prefirió dar total libertad a sus hermanas y hermanos, para que orasen privadamente según les inspiraba el Espíritu Santo. Y eso es algo que debemos valorar en todas las comunidades dominicanas.

Santo Domingo también potenció la oración comunitaria, invitando a sus hermanas y hermanos a sentir cómo Jesús se hace presente en medio de ellos, mientras unen sus almas y sus corazones,

dirigiéndolos hacia Jesús. Y les animó a celebrar juntos la Eucaristía, compartiendo en ella su fe y su experiencia de Dios.

LA PREDICACIÓN A LOS ALEJADOS

Pero el camino espiritual dominicano no finaliza cuando se alcanza una buena relación con Dios, sino cuando compartimos lo que Dios nos da en la oración. Ese es uno de nuestros lemas: «Contemplar y dar lo contemplado»⁸, que nuestro hermano Santo Tomás de Aquino expone en su *Suma Teológica*. Formamos parte de la Orden de Predicadores porque nos sentimos llamados a colaborar en la predicación del Evangelio, cada uno según nuestras cualidades y circunstancias. Podemos constatar cómo colaboran de modo diferente en la predicación una monja contemplativa, una laica que trabaja limpiando oficinas y una profesora de teología bíblica, y todas esas formas de colaboración son válidas y valiosas.

Ciertamente, las personas laicas viven mucho más inmersas en el mundo que los frailes y las monjas, y ello les capacita para tener un mejor conocimiento de la realidad social y, sobre todo, para dar testimonio del Evangelio en ámbitos donde difícilmente las monjas y los frailes podemos llegar. Se trata de un aporte fundamental en la misión de la Orden de Predicadores.

Cada uno, desde el lugar donde Dios nos ha puesto en la vida, debemos hacer lo posible para que el Evangelio se difunda en nuestro entorno más cercano, y por el mundo entero, teniendo especial atención a los más alejados, aquellos que se sitúan fuera de la Iglesia. Cuando Santo Domingo descubrió su vocación de predicador, su primer impulso fue el de ir a predicar a unas tribus paganas que asolaban el centro de Europa: los cumanos. Pero el Papa Inocencio III consideró más oportuno que se sumase a la Santa Predicación que él había organizado para convertir a los cátaros que habitaban el sureste de Francia.

Así nació la Orden de Predicadores. Y desde entonces, guiada por el Espíritu Santo, ha estado siempre formada por muy variadas

⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 188, a. 5c.

personas a las que les ha unido su amor a Cristo y su pasión por la predicación del Evangelio.

LA COMUNIDAD EN LA FRATERNIDAD DE LOS LAICOS DOMINICOS. RETOS DE SU VIDA Y MISIÓN

Dña. María del Carmen Martínez Sola, O.P.

Fraternidad de Almería

INTRODUCCIÓN

Me alegra encontrarme con todos vosotros en este momento con el afán de compartir un tema, el de la comunidad, que es complejo e interesante en nuestras vidas. Hemos elegido ser miembros de las fraternidades laicales. Yo pertenezco a la de Almería y en este momento la represento como presidenta de la misma. Mi nombre es María del Carmen Martínez Sola, y me entusiasma la idea de colaborar en este *proyecto de formación*.

Teniendo en cuenta que nuestra misión es la predicación, quisiéra presentar la estructura de esta ponencia. Primero consideraré la vida de una fraternidad y aportaré mi propia experiencia. Segundo reflexionaré sobre nuestra pertenencia histórica a la Orden y, hoy día, a nuestra integración en la Familia Dominicana. Con ello hablaré de sus prioridades y de las situaciones y retos actuales: secularización y búsqueda espiritual, el diálogo ecuménico e interreligioso, la culturalización y la justicia y la paz.

El artículo 1 del *Estatuto de las fraternidades laicales de Santo Domingo* (2023), dice lo siguiente:

«Las fraternidades laicales de Santo Domingo son *comunidades* de hombres y mujeres laicos *miembros de la Iglesia católica* movidos por el *Espíritu Santo* a vivir su *fe según el espíritu de Santo Domingo*. Constituyen la rama laical de la Orden de Predicadores y participan de su misión apostólica de *proclamar la Palabra de Dios*. Se encuentran bajo la jurisdicción de la Orden y gozan de *autonomía propia* (Regla n. 18) según las prescripciones del Derecho [Canónico]».

Nuestros cuatro puntos cardinales orientativos son: (1) como miembros de la Iglesia católica somos una comunidad (2) movida por el Espíritu Santo (3) a vivir su fe (4) según el espíritu de Santo Domingo. ¿Cuál sería el reto para nosotros de estas comunidades laicales de Santo Domingo hoy día? ¿Cuál debería ser nuestra línea de acción en la actualidad?

Recuerdo la expresión del Papa Honorio III cuando aprobó las Constituciones de la Orden de Santo Domingo: «*Los miembros de esta Orden están totalmente consagrados a la evangelización*»⁹. Este es nuestro reto. Dedicarnos totalmente a la evangelización. Nada ha cambiado desde entonces, esa sigue siendo nuestra finalidad. Lo que cambian son los signos de los tiempos y, en consecuencia, acertar con las nuevas formas de lograr este objetivo.

En el Capítulo general de 1968 celebrado en Chicago, el Maestro de la Orden fray Aniceto Fernández decía que estaba íntimamente convencido de que todos estamos llamados a compartir el espíritu y la tradición que nos legó Santo Domingo y a construir juntos nuestras comunidades de hermanos y hermanas al servicio de la Iglesia. De esto dependerá el futuro de la Orden. Por eso pidió que el Capítulo tuviera como tema central la *formación*, la cual no puede tener más objetivo que la predicación de toda la Familia Dominicana unida, y que se reconociera un puesto especial *para la mujer y para el laico en su conjunto*, como se había pedido insistente en los Capítulos generales de Walberberg y de Roma.

A partir del Concilio Vaticano II se tomó muy en consideración el concepto de «comunidad», pues fue revalorizado por el teólogo dominico francés fray Yves Congar. En esa línea, nosotros nos encontramos hoy con el desafío de realizar lo que Santo Domingo comenzó: «Una familia en unidad de vida y compromiso de servicio a la Iglesia y al mundo»¹⁰.

⁹ Documento Vaticano, BENEDICTO XVI, Audiencia General, 13 de enero de 2010.

¹⁰ Fray Damián Byrne (+1996) resalta la importancia de la Familia Dominicana en la predicación, y lo ve como una oportunidad para renovar la Orden, lo cual será posible si asumimos el sueño de Domingo: «*Una familia en unidad de vida y compromiso de servicio a la Iglesia y al mundo*».

LA VIDA DE UNA FRATERNIDAD

Cuando Santo Domingo concibió la necesidad de fundar la Orden de Predicadores, fue a consecuencia de que percibía la urgencia ante la convulsión social que él observaba. Esta realidad le llevó a Domingo a concebir la necesidad de evangelizar. Jesús dijo: «No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte» (Mt 5,14-16).

Cada uno de nosotros, como laicas y laicos dominicos, hemos sido enviados a este mundo habiendo recibido la luz de Cristo. Al seguir el ejemplo del Salvador y al vivir como Él vivió y enseñó, esa luz arderá en nosotros e iluminará el camino para los demás.

Pues bien, lo que hace de un grupo de personas una comunidad es que entre sus miembros se comuniquen, se intercambien palabras. Con ello adquiere consistencia esa comunidad, ya que es en esa comunicación de unos con los otros donde se generan actitudes e iniciativas de comprensión y de amor; es donde nace la Vida divina en medio de nosotros.

El intercambio logra la fortaleza y el crecimiento de la comunidad. La comunidad crece en el intercambio. En un texto de la Santa Sede («Una nueva relación con los seglares») se dice:

«Un apropiado intercambio de los valores típicos de la vocación laical, como la percepción más concreta de la vida del mundo, de la cultura, de la política, de la economía, etc., y los valores típicos de la vida religiosa, como la radicalidad del seguimiento de Cristo, la dimensión contemplativa y escatológica de la existencia cristiana, etc., pueden convertirse en un fecundo intercambio de dones entre los fieles seglares y las comunidades religiosas»¹¹.

EL CARISMA DE SANTO DOMINGO DESDE MI EXPERIENCIA PERSONAL

Se me ha indicado que es bueno y conveniente que hable de lo que es mi experiencia personal con respecto a la vivencia del carisma

¹¹ Texto vaticano *La vida Fraterna en comunidad. “Una nueva relación con los seglares”* n.70. 1994.

de Santo Domingo. Con pudor hago mención de mi encuentro con la Orden en edad muy temprana, y cómo la Orden me fue inculcando el gran valor que tiene el *amor* en toda comunidad dominicana.

La casa de mis padres estaba muy cerca del Santuario de la Virgen del Mar en Almería (que aún hoy administran los dominicos). Era normal en aquel entonces que las madres indicaran a los hijos que buscaran un «padre espiritual». Me lo aconsejó mi madre y lo tome al pie de la letra. Una mañana de sábado salí a cumplir con lo mandado y dar respuesta a mi madre. Yo en aquel entonces tenía diez años, era la mayor. Aunque solo habían nacido seis de los ocho hermanos.

Pensé que el Santuario estaba muy cerca de casa y me fui a otra iglesia más lejana. Me acerqué al confesionario en donde había una luz encendida. Enseguida me atendió un confesor. Le hice mi petición de que buscaba un padre espiritual. Habló un poco conmigo, y me dijo: «Salúdame por delante del confesonario». Así lo hice. Pero amablemente me dijo: «Mejor lo dejamos para el año que viene». No comprendí nada.

Iba camino de casa con la inquietud de no saber qué hacer y, al pasar por la puerta del Santuario, decidí probar suerte. Entré y vi un confesonario con la luz encendida. Me acerqué e hice la misma pregunta con la misma propuesta. ¡Fue todo un éxito! Su respuesta a mi pregunta fue: «¡Bien, ya has encontrado a tu padre espiritual!». Y yo le dije: «¿Cómo? ¿No tengo que pasar por delante?». Y él me respondió: «No, no, tú ya puedes decirle a tu mamá que has encontrado un padre espiritual. Así que cuando tú puedas, porque me imagino que vas al colegio, y veas que yo estoy con la luz encendida, puedes contarme cómo vas con tus estudios o lo que has vivido en el colegio». No fue necesario más. ¡Había triunfado!

De este padre espiritual, dominico de pura cepa, aprendí a *amar* no solo a la Santísima Trinidad, a la Virgen del Mar y a la Orden, sino también y sobre todo me enseñó el valor y las riquezas de las personas. Me enseñó a verlas por dentro antes que por fuera. Y recuerdo que me decía: «Especialízate en el amor. Cuanto más ames más sentirán los demás el amor». «¿Y cómo lo hago?». Y él respondía: «Jugando, estudiando, sonriendo, perdonando, soñando, discutiendo con tus hermanos, protestando... pero siempre pidiendo al Padre con tus palabras que Él solucione lo que a ti te es desagradable, que quite

las manchas que tú veas en los demás, o en ti misma, siendo feliz y agradeciendo el amanecer de cada día y su atardecer. En efecto, Dios sí que es un Padre amoroso».

Y aquel fraile me recordaba lo que decía otro dominico ya muy muy anciano y que está en el Cielo (supongo que se refería al beato Jordán de Sajonia): «“Dios siempre es amoroso con el que lo busca”. Además, yo también sabré cuándo más amas, porque, por la comunión de los santos, yo también amaré más». Evidentemente, ese trato en apariencia sencillo despertó en mí ilusión, fuerza, seguridad y confianza, y prendió en mí la llama (un resaldo al principio) de la credibilidad del amor gratuito, porque yo no entendía, aunque era muy sencillo, el alcance de lo que me decía. Pero sí me enseñó a amar: «Especialízate en el amor». Y sobre todo era feliz.

Lógicamente, yo conocía el Santuario y mis padres nos llevaban allí a Misa, y veía a los frailes que estaban intentando realizar las restauraciones del mismo. Porque jugábamos entre los cascotes que por entonces había en la plaza. Pero no se me había ocurrido pensar que tan cerca tenía al padre que buscaba. Hoy doy gracias a Dios por haberme guiado al Santuario e iluminado así mi vida.

Con esto quiero decirles que desde una fecha muy temprana comencé a conocer la Orden y, sobre todo, por las características del padre que encontré, a vivir una vida muy cercana a la espiritualidad de Santo Domingo. Mi vida ha transcurrido siempre bajo el paraguas de Santo Domingo. Y si me piden que haga una valoración, pondría a la par dos familias: la biológica y la espiritual (dominicana).

Por eso, creo que con este detalle personal que les he transmitido, pueden entender que al pensar en el concepto de «fraternidad» que yo he conocido, manifieste que no entendía el significado de la terminología «Tercera Orden», por la edad que tenía, pero sí percibí, conforme fui creciendo, el cambio significativo que se produjo después. De esa época recuerdo actividades de tipo espiritual y de tipo asistencial: reparto de ropa, visitas a los mayores, etc.

Cuando verdaderamente se comienza a dar un giro, fue a raíz del Concilio Vaticano II. Recuerdo que se comenzó a hablar de la «comunidad» entre los laicos. Hubo novedades en la Orden, pero también en mi vida. Fue a partir del año 1983 cuando comienzo a conocer

a los *laicos dominicos de Sevilla*, pues allí se iniciaron conferencias, encuentros y actividades que tomaban nuevos perfiles en las relaciones de los unos con los otros, como consecuencia también de la actitud más cercana e interesada de los frailes con los laicos. Y, ciertamente, éstas son páginas gloriosas.

Los frailes en aquel entonces se dedicaban intensamente a aplicar las orientaciones del Concilio y, tanto es así que, con motivo del Quinto Centenario del encuentro del Viejo y Nuevo Mundo, se celebraron en Sevilla cuatro congresos internacionales de *Historia de la Evangelización en el Nuevo Mundo*. Yo asistí en el año 1986, también por invitación de un dominico profesor en Roma, al primer congreso, y allí fui ya consciente de que mi vocación estaba bien definida.

Allí descubrí el valor divino de lo humano cuando en las ponencias se hablaba de la evangelización y de la vida y la actuación de los frailes. Descubrí la importancia de la evangelización por parte de la Orden y la encarnación de la Orden en el Nuevo Mundo. Y tanto es así que desde entonces inicié un proyecto que espero se haga pronto realidad, después de tanto tiempo en barbecho, y los sueños queden realizados. ¡Mi más profunda gratitud!

Un hecho que quiero resaltar por su importancia e interés fue cómo se potenció la convivencia de las fraternidades de los laicos dominicos en Andalucía, porque no se había producido la unión de todas las fraternidades a nivel nacional.

Córdoba, Granada y Murcia polarizaron mucho la atención, y tanto en el otoño como en la primavera se producía un encuentro de todas las hermanas y hermanos que podíamos asistir. Estos años fueron muy importantes, y fuimos descubriendo el carisma dominicano. Por desgracia, esas «canteras» quedaron menguadas, por defunciones. Y hoy día las fraternidades lo están acusando. Nuestra fraternidad de Almería ha sufrido el gran golpe de la ausencia de estos hermanos y hermanas. Pero todos ellos han dejado su huella visible en sus acciones.

Actualmente, las fraternidades, oyendo las sugerencias de los Capítulos generales y de los Maestros de la Orden, se están

vitalizando. El objetivo es el mismo de siempre: ser predicadores del Evangelio y orar y trabajar por la salvación de las almas.

LAS NOTAS QUE POTENCIAN LA VIDA DE UNA FRATERNIDAD

Haciendo una síntesis de los elementos que potencian y nutren la vida de una fraternidad laica dominicana nombramos los siguientes:

- *La unidad.* Se logra cuando hay el sentimiento de que seguimos tras las huellas de Santo Domingo y tomamos conciencia de ello, uniéndonos con el mismo fin y deseo.
- *La pluralidad y la diversidad.* Consideramos que la realidad de la vida dominicana nos muestra esa pluralidad y diversidad, y que se conjugan frecuentemente. Ello nos invita a valorarlo, pero también a aplicar la necesaria creatividad para poder integrar y vivir en libertad. La fraternidad no puede ser uniformidad, al menos desde nuestra concepción del carisma dominicano, pero sí tiene la riqueza del encuentro que permite que el corazón late con un mismo sentir. Aprovechar la confluencia de las riquezas personales comunicándolas entre sí, sirve para solucionar problemas y para disfrutar de los acontecimientos vitalizando el día a día. La fraternidad es un ente vivo, tiene la capacidad de impulsar la ayuda mutua, la asistencia y la compañía entre las hermanas y los hermanos.
- *La armonía de una comunidad laica* se logra cuando se vive con fe, esperanza y caridad. Siempre abrazada al misterio de la cruz y movida por la fe en la Eucaristía, por la esperanza anclada en el encuentro con Dios, y por la caridad, sintiendo lo que decía el beato Jordán de Sajonia de Santo Domingo: «Empeño por la perfección, oración, estudio y predicación»¹².
- *En la vida de la fraternidad caben las lágrimas y las risas,* pero lo que no cabe es el ataque a la Palabra de Dios y la falta de respeto a

¹² *Archivum Fratrum Praedicatorum* 22 (1952)128-131.

las personas, infravalorando su dignidad, ya sea de palabra, de obra o de omisión.

- *La fraternidad se nutre de la oración y de la Eucaristía.* La salud de una fraternidad es un misterio de Vida, pues nos unimos comunitariamente a la Vida de Cristo cuando oramos con un solo corazón y una sola alma en torno a Él¹³.
- Nuestras comunidades basan su unidad en *el respeto a los hermanos*. Pero esos hermanos hoy día son diferentes culturalmente y el secreto consiste en compartir una misma espiritualidad con personas laicas y personas consagradas, de cualquier género y estrato social, que viven en culturas muy diversas y pueden tener ideas políticas opuestas.
- *La espiritualidad dominicana integra todo*, salvo dos cosas: lo que se opone al Evangelio y lo que atenta contra el bien de la comunidad. Esto supone una gran madurez personal y comunitaria, porque vivir en pluralidad no es fácil, aunque merece la pena, pues es muy enriquecedor.
- Los miembros de una fraternidad, siendo *plurales y diferentes*, comparten *un mismo camino de crecimiento espiritual comunitario*, siguiendo a Cristo.

LA PERTENENCIA A LA ORDEN DE PREDICADORES: SU IMPLICACIÓN

Santo Domingo durante su vida siempre estuvo muy auxiliado en sus proyectos por las laicas y los laicos. En efecto, cuando nació la comunidad contemplativa de Prulla y con ella la «Santa Predicación de Prulla», algunos laicos se unieron a esa incipiente aventura.

Por ello, los laicos, siendo fieles a la intuición de Santo Domingo, necesitamos enfatizar los aspectos positivos de nuestra tradición espiritual:

¹³ Cf. Hch 4,32; *Regla de San Agustín*, n. 3.

- Que nuestra fraternidad, en la medida que pueda, esté lista para atender aquellas *situaciones que hay que remediar* en su entorno.
- Que nuestra fraternidad sienta *preocupación y respeto por la gente*, especialmente por aquellos que están alejados de la fe, y ha de estar dispuesta a encontrarse con la gente de su entorno.
- Que nuestra fraternidad sienta la apertura de estar atentos a las *nuevas realidades sociales*. Nunca actuamos solos. Somos personas de comunidad y como tales debemos predicar en orden a las «nuevas fronteras». Tengo en mente al fraile dominico fray Julián Garcés. Él había sido nombrado obispo de Tlaxcala-Puebla de los Ángeles (México), por lo que san Juan de Ávila se ofreció en el año 1527 para acompañarle como misionero. Pero este deseo se vio frustrado¹⁴. Pues bien, predicar en orden a las nuevas fronteras significa predicar el Evangelio de siempre con un nuevo estilo. No podemos acercarnos a los otros hermanos, a las otras Iglesias, a las otras culturas, como si estuviesen desprovistas de valores. Nuestra predicación necesita también la experiencia de la *escucha*, de la *acogida* y de la *compasión*.¹⁵

Para nosotros, los laicos dominicos, nuestra pertenencia a la espiritualidad de Santo Domingo nos la da nuestra *promesa de vivir los Estatutos de las fraternidades*, bajo el cuidado del Maestro de la Orden. Hoy en día, quizás más que nunca, el tema de los laicos dominicos debe ayudarnos a descubrir que, a todos nosotros, como miembros de la Familia Dominicana, se nos *envía juntos* para «servir dentro del diálogo de Dios con el mundo, anunciando el Evangelio de la paz»¹⁶.

¹⁴ J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila*, BAC, Madrid 2000, p. 24.

¹⁵ Actas del Capítulo general electivo de la Orden de Predicadores, México 1-31 de julio 1992 bajo la presidencia de Fr. Timothy Radcliffe .Valencia 1992

¹⁶ BRUNO CADORÉ, *El laicado dominicano y la predicación*, 2013.

PERO ¿QUÉ ROSTRO DEBEMOS MANIFESTAR AL MUNDO?

El de ser una «comunión dominicana» enviada a predicar el Evangelio¹⁷

Los laicos, hombres y mujeres, tenemos una visión peculiar acerca de cómo predicar y vivir el Evangelio, ya que nos encontramos inmersos en la sociedad, con todas las realidades sociales, económicas y políticas que esta conlleva. Tenemos la posibilidad de vivir codo a codo con hombres y mujeres con los que nuestros hermanos y hermanas religiosos difícilmente entran en contacto. Así es, los frailes y las hermanas dominicas necesitan de nuestra visión y de nuestra experiencia.¹⁸

El dialogo laical dominicano como trasmisor del carisma de la Orden de Predicadores

Desde el principio las laicas y los laicos se asociaron a la Orden¹⁹. Como testimonio narraré como fue mi encuentro con la fraternidad de Almería. Un día llegaron a nuestra casa dos señoras. Eran conocidas, pero no teníamos una amistad significativa con ellas. Nos visitaban porque, al vernos colaborar en el Santuario, querían invitarnos a conocer la fraternidad de laicos dominicos de Almería. Y así, de un modo tan sencillo y simple, mi esposo y yo iniciamos nuestro contacto con nuestra fraternidad. El diálogo fue fundamental para integrarnos en ella. En efecto, andando el tiempo descubrimos la importancia del diálogo en el carisma dominicano.

Renovando el celo por la evangelización y la misión común por el Reino²⁰

El hecho de que Jesús nos enseñe a pedir al Padre que venga a nosotros su Reino, nos indica que forma parte del carisma de la Orden el incentivar el Reino de Dios mediante la predicación y la evangelización. Y debemos lograr este objetivo. Ciertamente, muchos

¹⁷ Documento de Bolonia sobre Familia Dominicana (1983).

¹⁸ Acta del Capítulo General (Bolonia 1998).

¹⁹ Documento de Bolonia sobre Familia Dominicana (1983).

²⁰ Ibid.

proyectos con los que soñamos llevan implícitos este celo. Y comparto con todos vosotros el deseo de que se logren estos sueños.

CONCLUSIÓN

La Familia Dominicana está presente, con fuerte vitalidad, en los cinco continentes. Nuestra misión es construir la *comunión*²¹. Estamos unidos por los lazos profundos del Amor de Dios. Afirmamos nuestra solidaridad con todos nuestros hermanos y hermanas que sufren, especialmente con aquellos que son perseguidos por proclamar sin miedo el Evangelio de la justicia y de la paz. Así pues, apoyados en la profunda paz de nuestra vocación común, caminamos, llenos de esperanza, hacia el futuro.

Rogamos al Espíritu Santo que renueve en nosotros el coraje de seguir las huellas de Domingo: «*hablando con Dios o de Dios*».²²

²¹ Gerard Francisco P. TIMONER , *Carta a la Familia dominicana* (15 de marzo Roma 2020).

²² *Documento de Bolonia sobre Familia Dominicana* (1983). Cinco Capítulos generales desde 1977 afirman que la predicación es la prioridad de las prioridades y que el predicar hoy debe incluir las «cuatro prioridades»: teología, evangelización, justicia, comunicaciones. Todas ellas tienen sus raíces en nuestra tradición.

LA ORACIÓN: UNA EXPERIENCIA DE FE QUE CREA UNA VERDADERA FRATERNIDAD

D. Carlos José Romero Mensaque, O.P.

Fraternidad de Bormujos (Sevilla)

UNA CUESTIÓN PREVIA Y UNA EXPERIENCIA

Cuando Santa Teresa de Jesús define la oración como «tratar de amistad con Alguien que sabes que te quiere»²³ en realidad nos muestra lo que es esencialmente la vida cristiana, es decir, una fe que es experiencia profunda del Dios que por amor se ha hecho uno de nosotros y que, por la gracia, vive y está muy presente en el templo que somos todos y cada uno de nosotros.

Por tanto, la oración ni es una obligación ni tampoco una devoción, aunque ciertamente Jesús en la Última Cena nos enunció su único y principal mandamiento: el amor, un amor que es presencia y compromiso, pero también experiencia profunda de fe... y, al mismo tiempo, conciencia y experiencia de una gracia que nos inunda y supera... pero igualmente emociona.

El Papa Francisco, en un tuit de la fiesta del Rosario de 2016, confesaba que «el Rosario es la oración que acompaña siempre mi vida, también es la oración de los sencillos y de los santos... Es la oración de mi corazón».

Cuando yo leí esta expresión espontánea de Francisco, no pude menos de acordarme de mis primeras experiencias ya adultas de la oración y de cómo fue el Rosario rezado en la capilla del monasterio de las monjas dominicas de Santiago de Compostela (Belvís) cuando encontré un sentido profundo a lo que hasta ahora había sido un

²³ Cf. *Vida*, 8,5.

interés de estudio histórico y académico y la inquietud de acercarme a la Orden de Predicadores, a la que solo conocía por los libros.

No éramos muchos, casi todas señoras de mediana edad, la mayoría laicas dominicas con sus escapularios, asiduas a la comunidad y algunos jóvenes del Seminario Menor, pero en la cadencia de las Avemarías, la escucha silenciosa de la Palabra en cada Misterio, las intenciones, el paso silente de las cuentas entre los dedos... me hacía caer en la cuenta de que Dios estaba allí en ellas, en mí, en la comunidad de monjas, en el fraile capellán.

Fue mi primera experiencia de comunidad dominicana orante. De allí nació mi vocación como dominico y mi solicitud de ingreso en la fraternidad de Sevilla.

¿QUÉ SIGNIFICA ORAR?

A veces el concepto de «sencillez del corazón» que hay en toda oración, como hemos visto, nos aboca más a lo que es la *devoción*, dejando el orar para ámbitos más ilustrados en el campo de la fe, de la religión.

Hablar de la espiritualidad de la oración, de toda oración, siempre requiere –a mi modo de ver– la previa aclaración de si nos encontramos ante una devoción o una oración... o quizás ambas cosas... Saberlo, reconocerlo, es un paso previo para enfrentar la cuestión.

Si es devoción, hay un componente primordialmente afectivo, sentimental, que nace en mí ante el Santísimo Sacramento, o ante una imagen religiosa, o leyendo un pasaje del Evangelio... y que crea una cierta espiritualidad no muy definida, pero que me llena de una sensación a la vez de nostalgia, de sentido, de experiencias familiares, incluso de una eternidad del momento... La devoción, en sí, normalmente se asocia con la fe y, por ende, denota una espiritualidad cristiana... pero no tiene por qué ser así. Bien es sabido que, en determinados ámbitos, existe, se reconozca o no, una espiritualidad «laica» profundamente arraigada y sincera, que reconocen quienes la profesan y que les sirve para vivir.

En la oración, en toda oración, hay un componente afectivo y sentimental que no solo no es incompatible, sino hasta necesario,

porque toda comunicación auténtica nace del afecto y del sentimiento que rodea al amor humano... y Dios se hizo hombre, profundamente hombre como nosotros. Y nuestra relación con Él no puede obviar estas demostraciones de afecto... De ahí la importancia de los elementos sensibles: la imagen, las formas...

Si es oración, hay siempre una experiencia de vida y un encuentro con un Dios que me busca desde la eternidad para darme su gracia; en definitiva: hay una experiencia de fe.

Yo entiendo que la oración, toda oración, implica la fe y, por tanto, es siempre ocasión para que el encuentro entre el Señor Jesús y yo sea un diálogo familiar y de amistad que nazca del corazón, allí donde soy plenamente, donde no caben las mentiras, allí donde, desde el Bautismo, está Él.

Toda espiritualidad nace de la fe en un Dios que me busca amorosamente en lo más profundo del corazón, allí donde no puedo dejar de ser sincero, donde mi vida se pone en cada momento en riesgo de optar, de decidir, de amar... Pero este encuentro no siempre se da o, al menos no se percibe, no se experimenta conscientemente.

Descubrir, hacer vida en mi vida la gracia del Dios que me ha pensado, querido y creado desde siempre, que vive conmigo cada instante, solo es posible en la oración y en la vivencia sacramental. Y tengo que hacerlo yo, fiado de la Palabra de Dios (el tesoro de fe de la Iglesia), de la experiencia de mis padres, de la familia, de los testimonios... No vale una fe aprendida solo en el catecismo, una práctica sacramental que se hace por costumbre, por rutina...

Por eso, en cada oración tiene que haber, en primer lugar, confianza para pedir con sinceridad lo que realmente necesito para mí y mis hermanos, incluso para quienes no son precisamente amigos, sino incluso enemigos. Y pido, en la seguridad de que, si es bueno para mí o mis hermanos, el Señor me lo concederá. No obstante, la última palabra la tiene Él, pues, como creyentes, ponemos nuestras vidas en sus manos... Y eso no es fácil...

En segundo lugar, doy gracias por lo que soy y lo que tengo, a Quien me ha dado la vida y, con ella, «talentos» para mi felicidad y la de quienes me rodean. A Quien me ha dado, sobre todo amor, pero

un amor vivo, activo, siempre fresco para dar... porque si nos lo guardamos para nosotros, se estropea, se pudre...

Y, en tercer lugar, lo más difícil y arriesgado, lo que denota si en verdad oramos o simplemente rezamos palabras aprendidas: debemos ponernos a disposición del Señor. Es nuestro lema de «contemplar y dar lo contemplado». Es lo que en sus libros de oración decía el sacerdote italiano Alessandro Pronzato: «la oración me da que hacer». Muchas veces pensamos que la oración se reduce a pedir al Señor y dejamos en sus manos el problema y nos vamos tranquilos... Y no es así. La verdadera oración no es un monólogo, sino un diálogo, donde en el silencio contemplativo ante el Santísimo Sacramento o meditando los misterios del Rosario, Dios nos habla y nos implica.

Siempre he escuchado a los devotos del Jesús del Gran Poder de Sevilla decir que el que acude a Él con el fardo pesado de sus problemas, «sabe» que dichos problemas serán atendidos si es para su bien, pero igualmente «sabe» que Él siempre te pedirá algo... No, no es aquello del «*do ut des*», es decir, te doy algo para que me des algo, pero viniendo del Señor, sino que, porque te quiere, te involucra en su propia Vida y te invita a tomar la cruz. Y es que la oración no es magia, sino diálogo en un encuentro de amor de un Dios que vino a quedarse con nosotros y a dar un sentido trascendente a nuestra vida.

¿CÓMO ORABA SANTO DOMINGO?

Con el fin de entender lo que significa la oración para un dominico es precisa la referencia a nuestro padre fundador. Santo Domingo no solo rezaba, sino que también vivía la oración. Para él orar era compartir con Dios su propia existencia cotidiana, el dolor y la alegría propia y ajena. Quizá recitando con los labios y el corazón las Avemariás²⁴, que era ya un uso común entre fieles y clero, contemplaba la imagen del Crucificado que dio la vida por los hombres, pero también les contemplaba a estos, especialmente a los más cercanos, a sus frailes, a los que se acercaban a él en busca de ayuda o alivio a su

²⁴ El Avemaría surge a comienzos del siglo XV. Hasta entonces se rezaba solo su primera parte, la Salutación del ángel a María: «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre», inspirada en Lc 1,28-33.

sufrimiento. Y escuchaba, sobre todo, escuchaba el silencio, un silencio fecundo en que Cristo le hablaba de amor y misericordia. Por eso, a la mañana siguiente, después de haber estado la noche orando, Santo Domingo aparecía siempre alegre, jovial, atento al prójimo y dispuesto a predicar el Evangelio de su Señor Crucificado y, sobre todo, Resucitado.

La oración dominicana nace del propio corazón de Nuestro Padre Santo Domingo y en ella están muy presentes: la contemplación, primeramente, meditativa, pero al mismo tiempo comprometida con el Evangelio vivo que es Cristo en sus misterios. Es una contemplación que hace presente a Jesús vivo y resucitado en la mayor intimidad de su ser, en ese corazón donde la Gracia actúa por obra del Espíritu Santo... Es plenamente la fe que se hace vida en el Señor y en mi alma... Y es también una contemplación que se hace amor caritativo y amor clarividente.

Santo Domingo al orar contemplaba y... «*tradere alliis*»²⁵, es decir, la llevaba a su vida... y a la de los demás...

De esta manera, la contemplación dejaba de ser pasiva y se hacía compromiso con el Cristo al que tenía presente en la cruz... y ante quien se arrodillaba, postraba, se flagelaba... y ante los otros «cristos» que eran sus hermanos más próximos... En su corazón se compadecía de los sufrimientos de Cristo, pero los personalizaba en los de sus hermanos: los frailes, las monjas y los laicos... y sobre todo en los herejes cátaros.

Y no solo era llorar, sino que nos cuentan que sollozaba mientras oraba tirado en el suelo de la basílica de Santa Sabina, en Roma. Sentía como propios esos sufrimientos y los encomendaba al Señor

Y toda esa oración la hacía predicación, misión en su vida personal y de apostolado... que era lo mismo, porque el ser propio de Domingo era el apostolado, hacer presente a Cristo predicando la Verdad.

Y no es fácil por eso orar como Santo Domingo... porque implica primero –en cierto modo– ser Verdad y luego testimoniarla...

²⁵ «Contemplar y dar lo contemplado» (TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 188, a. 5c).

¿Somos nosotros Verdad o quizá un fraude para mí mismo y para mis hermanos? Un dominico no puede permitirse no ser ni predicar la Verdad... Esto me lo aplico a mí mismo todos los días, en mis clases de religión, o cuando participo con mi fraternidad en la Lectio Divina (o lectura espiritual de la Biblia). Y muchas veces me decepciono... y me decepcionan... pero forma parte de la naturaleza humana... y recurro a veces a pensar en algunos santos... en el propio San Pedro o en Santo Tomás (no el de Aquino), o en el mal humor de mi santo cardenal de Milán (San Carlos Borromeo).

Domingo –en la medida de sus capacidades humanas– se afanaba en ser Verdad, no por sí, sino por el Señor Jesús a quien entregó su vida y por los hombres a los que servía desde lo más profundo de su corazón.

LA ORACIÓN EN LAS FRATERNIDADES LAICALES

¿Qué dice nuestra legislación?

«La forma de vida de los dominicos brota de la abundancia de la contemplación. Es en ella donde Santo Domingo encontraba la fuente de su pasión por la predicación. Los laicos dominicos se esforzarán en el cultivo de su vida espiritual personal. Para ello procurarán adquirir un ritmo diario en la escucha de la Palabra de Dios, la oración personal y la celebración litúrgica. Igualmente, la Regla (n. 10) indica diversas maneras de acrecentar la vida espiritual de los hermanos»²⁶.

«Para progresar en el cumplimiento de su vocación inseparablemente contemplativa y apostólica, los laicos de Santo Domingo recurren principalmente a las siguientes fuentes:

²⁶ Directorio de las Fraternidades Laicales de Santo Domingo, Provincia de Hispania, 2023, n. 12.

- a) La escucha de la Palabra de Dios y la lectura de la Sagrada Escritura, particularmente del Nuevo Testamento.
- b) La participación activa en la celebración litúrgica y en la Eucaristía, a ser posible diariamente.
- c) La celebración frecuente del sacramento de la Reconciliación.
- d) La celebración de la liturgia de las horas en unión con toda la Familia Dominicana, así como la oración privada, la meditación y el Rosario.
- e) La conversión del corazón por el espíritu y la práctica de la penitencia evangélica.
- f) El estudio asiduo de la Verdad revelada y una reflexión constante, a la luz de la fe, sobre los problemas contemporáneos.
- g) La devoción a la bienaventurada Virgen María, de acuerdo con la tradición de la Orden, así como a Nuestro Padre Santo Domingo y a Santa Catalina de Siena.
- h) Los retiros espirituales periódicos»²⁷.

«El Rosario, mediante el cual la mente se eleva a la contemplación íntima de los misterios de Cristo a través de la Santísima Virgen María, es una devoción tradicional de la Orden; por lo tanto, se recomienda su recitación diaria por los hermanos y hermanas de las fraternidades laicales de Santo Domingo»²⁸.

La oración y la vida sacramental

En nuestras fraternidades es importante fomentar una oración personal y comunitaria. Y no solo antes y durante nuestras reuniones, en torno a la Lectio Divina, sino que también, en el día a día, es recomendable el rezo de Laudes y/o de Vísperas personalmente o, como

²⁷ *Estatuto de las Fraternidades Laicales de Santo Domingo*, Provincia de Hispania, 2023; *Ibid.*, *Constitución fundamental*, n. 10.

²⁸ *Declaraciones generales a la Regla de las Fraternidades Laicales de Santo Domingo*, Provincia de Hispania, 2023, n. 3.

en el caso de mi fraternidad, uniéndonos a la comunidad de las monjas dominicas, si nuestro trabajo u ocupaciones nos lo permiten.

Pero, repito, siendo –en la medida de lo posible– Verdad y, además, haciendo, en este sentido, de mi propia vida y de la de mi comunidad una oración: oración de súplica, de acción de gracias y también de ponernos a disposición del Señor: «Señor, ¿qué puedo hacer por Ti?».

Entendiendo bien esta frase, hay que aspirar a la santidad y para ello es importante que nuestra oración pueda llevarme a esa «contemplación» de la que nos habla con su vida Santo Domingo.

Para ello, la Eucaristía debe ser siempre un momento fuerte de oración. Debemos llevar a ella nuestra vida y la de nuestra comunidad, ofreciendo con el pan y el vino nuestra vida, para que el Señor la acoja y la transforme, para que así podamos comulgar con Él y Él con nosotros. Y, finalmente, el envío a la misión, el antiguo «*missa est*» que dio nombre a las Eucaristías... «Podemos ir en paz», pero esa paz hay que construirla con nuestros hermanos los hombres... Los cristianos somos enviados por el Señor para construir el Reino.

Igualmente, el sacramento de la Reconciliación adquiere un valor extraordinario si se celebra en el ámbito de nuestra fraternidad. Ya que el examen de conciencia abre nuestro corazón a la Verdad, el propósito de enmienda se hace más clarividente en un compartir fraternal y de mirada más allá de nuestros prójimos, para ir hacia esa humanidad a la que estamos destinados a predicar. Este es un sacramento que nos prepara para la comunión fraterna. De alguna manera ya lo hacemos al comienzo de cada Misa.

Y todo esto también hay que vivirlo como oración, porque, al igual que en la Eucaristía, nos ponemos con todo lo que somos ante el Señor y ante nuestros hermanos y hermanas, los seres humanos.

La oración crea comunidad

También son momentos importantes de oración los retiros espirituales en los tiempos fuertes. En nuestras fraternidades, el retiro es una oportunidad para «cargar las pilas» de nuestra oración, y hacerlo en esos momentos personales y comunitarios de silencio, y

posteriormente de compartir este «silencio» con nuestra palabra y con la Palabra meditada junto a nuestros hermanos.

Esta oración hace comunidad, nos ayuda a abrirnos al Señor, pero también, como nos cuentan de Santo Domingo, nos ayuda a abrirnos al hermano de fraternidad para conocerlo mejor... porque lo que no se conoce no se ama y, a veces, muchas veces, nos reunimos para rezar y para estudiar la Palabra y, sin embargo, no nos conocemos, no compartimos nuestra vida: nuestra vida personal, nuestra actividad pastoral, nuestras preocupaciones, nuestras vivencias...

Yo tengo la experiencia de que, cuando salimos de nuestra esfera personal, aunque sea a veces sin pretenderlo, se produce una especial conexión, ya sea en las propias reuniones o en otros tiempos de fraternidad. Entonces las ideas y ocurrencias afortunadas aparecen casi por ensalmo. Y es que, sin duda, el Espíritu actúa, y se hace realidad aquello que nos dice el Señor: «Donde dos o tres se reúnen en mi nombre...» (Mt 18,20).

En mi antigua fraternidad de San Jacinto (en Sevilla) y muchas veces en los encuentros de fraternidades en el convento de Escalaceli (en Córdoba), he vivido momentos entrañables de los que de verdad «crean afición», es decir, en los que te sientes plenamente contento de ser dominico. También el marco de la sierra cordobesa hace mucho, los paseos por los alrededores, las escaladas a las ermitas del beato Álvaro de Córdoba y también los encuentros «casuales» durante los momentos de silencio.

La Virgen María, compañera y referente de oración

Hay que recordar que Santo Domingo había encomendado el cuidado de la Orden a la Virgen María, como a su patrona especial.

Fray Rodrigo de Cerrato, contemporáneo de Nuestro Padre, en su *Vida de Santo Domingo*, escrita en la segunda mitad del siglo XIII, se refiere mucho a esta devoción de los primeros frailes y, entre realidades y leyendas, nos transmite un entrañable cariño a la Madre de Dios, seguros de su asistencia en los momentos difíciles de los comienzos de la Orden. En estos primeros textos que conservamos

sobre la vida de los frailes hay continuas alusiones a distintos rezos y oraciones a la Madre de Dios.

Yo creo que esto es muy significativo y, a mí, especialmente, me llena de emoción y mucho consuelo.

Orar a María y con María es unirnos a ese «Sí» incondicional al Señor. Es repetir con ella y aplicarlo a nosotros el «haced lo que Él os diga» (Jn 2,5) de las Bodas de Caná.

Los dominicos somos y nos sentimos profundamente marianos. Y rezar con los ojos de la fe y del corazón a Nuestra Madre y Señora, especialmente en su advocación del Rosario, es una de las experiencias más entrañables de ser y sentirnos cristianos y dominicos.

Una mirada final de oración-devoción

En los ámbitos de nuestra religiosidad popular, la oración a María es también devoción, lo cual es un elemento importante, como ya hemos comentado, pues nos acerca a lo más íntimo de nosotros mismos, donde está presente siempre el Señor y su Amor. No nos tiene que dar reparo sentir y experimentar esta devoción, porque de seguro nos acerca a Quien queremos y sentimos cerca.

Yo tengo, en ese aspecto, una experiencia muy personal, no relacionada concretamente tanto con la Virgen como con una imagen de Cristo, pero por la que sentía y siento una especial devoción y porque, de alguna manera, y salvando todas las distancias, creo que me sentí como Nuestra Señora en el Calvario al ver a su Hijo sufriendo en la Cruz.

Era un Sábado Santo en Sevilla y, junto con otros amigos, fuimos a ver el paso de una cofradía que representaba el momento en que Jesús era despojado de sus vestiduras. Llovía intensamente y los cofrades y costaleros se afanaban por acelerar el cortejo para refugiarse en un templo. Ver al Señor con los brazos extendidos y la mirada elevada al cielo en medio de aquel temporal, provocó algo muy profundo dentro de mí, de dolor y compasión. Ni era hermano de aquella cofradía, ni tan siquiera me gustaba especialmente ese mundo de las cofradías, pero en mí nació una inquietud inexplicable, una especie de maternidad que cambió mi vida cristiana: me hice ciertamente hermano de aquella hermandad, pero también empecé a

integrarme en mi parroquia, a participar de otra manera en las Eucaristías... y a entrar en la Orden de Predicadores de la mano de María y su Rosario.

Una mirada sentimental puede llegar a ser un compromiso de amor y una oración, porque te encuentras con una referencia concreta de Cristo que nace en la imagen, pero te lleva más allá. Y también te lleva a una «compasión de Madre» que te hace ver de otra manera la fe y la vida.

LA FORMACIÓN DE LOS LAICOS Y EL ESTUDIO DOMINICANO

Dña. Micaela Bunes Portillo, O.P.

Fraternidad de Murcia

«Clama a mí y yo te responderé y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jr 33,3).

LA REGLA DE LOS LAICOS DOMINICOS

En la *Regla* de los laicos encontramos nombrado el estudio por tres veces: como parte de nuestra misión apostólica (junto a la oración y la predicación); como integrante del estilo de vida de nuestras fraternidades: el estudio de la verdad revelada y la reflexión a la luz de los problemas actuales; y como el estudio de los signos, de las señales que nos envían los acontecimientos. El primer capítulo de la Constitución fundamental, sobre el *carácter específico del laico dominico*, dice así:

«[Los laicos] se caracterizan por una espiritualidad peculiar y por la dedicación al servicio de Dios y del prójimo en la Iglesia y, en cuanto miembros de la Orden, participan en su misión apostólica mediante la oración, el estudio y la predicación, según su condición de laicos».

En el segundo capítulo dedicado a *la vida de las fraternidades*, encontramos varias referencias al estudio en los puntos 10 y 13. En el primero de ellos, en su apartado f), podemos leer lo siguiente:

«Los laicos se dedicarán al estudio asiduo de la verdad revelada y a una reflexión constante, a la luz de la fe, sobre los problemas contemporáneos».

Los puntos 11, 12 y 13 se dedican a la formación. Concretamente el punto 13 hace referencia al *estudio de los signos de los tiempos*.

Lo más complejo es desentrañar el sentido de la última referencia al estudio en nuestra *Regla*: ¿qué es eso de estudiar los signos de los tiempos?

De signos y símbolos se ocupa una ciencia específica que es la Semiología. Según la Real Academia Española, se trata del «estudio de los signos en la vida social», lo que nos permite tender un puente desde la Lingüística a otro campo de estudio en el que me muevo un poco mejor: la Sociología. Un sociólogo al que he leído muy recientemente, George Gurvitch, aborda en el primer tomo de su *Tratado de Sociología* (1962), un interesantísimo capítulo dedicado a lo que él llama «Sociología profunda», en el que se ocupa de las relaciones de los símbolos, las señales y los signos como parte de los modelos sociales. Los modelos sociales, menos evidentes que las estructuras sociales formales, explican mejor la conducta colectiva e individual. Señales y signos admiten una holgura en su interpretación que confieren algo más de espontaneidad al actor social, sea este un grupo, colectivo, comunidad, asociación o individuo.

Gurvitch examina distintos planos de los fenómenos sociales que van explicando de lo más extenso, como los asentamientos físicos, los datos demográficos o las estructuras sociales (demarcaciones administrativas, instituciones, asociaciones, tribus, etc.) hasta lo más profundo, mucho más intuitivo que visible.

Los laicos estamos llamados a realizar una lectura cristiana de lo que ocurre, de las señales y signos que nos envían los acontecimientos. Una lectura que, según este mismo sociólogo, necesita horadar muchas capas de la realidad social que no admiten una interpretación ni literal ni lineal, sino que encuentran su sentido en lo profundo, donde se encuentran los valores. Los valores son «referentes lógicos y estimativos que deben ser comprendidos al formar parte de la conciencia colectiva» (p. 193).

Estamos hablando de valores humanos, valores que todos nosotros reconocemos en la persona de Jesús de Nazaret, y que son también valores cristianos, encarnados en Cristo, en el que se recapitulan todas las cosas del cielo y de la tierra y toda la sabiduría de Dios (cf. Ef 1,3-10).

Comenzaré por decir algo sobre la identidad laical como esa primera lectura de esos signos.

LA IDENTIDAD DEL LAICADO, UN SIGNO DE LOS TIEMPOS

La teóloga Marta López Alonso (2002) se refiere a los laicos como la faz del rostro de Dios que aún no ha sido desvelada.

No sé si los laicos nos hemos sentido como cristianos adultos en el seno de la Iglesia. En algunas ocasiones sí, no en otras. Nuestro testimonio de vida, con muchas pobrezas y algunas proezas, ha necesitado siempre de confirmación externa. Estos rasgos del rostro de Dios que se expresa en todos y en cada uno de sus hijos e hijas, sigue parcialmente velado en nuestras comunidades. Apostar por un laicado mayor de edad requiere del compromiso de toda la comunidad creyente. Los laicos hemos atravesado por una especie de desierto eclesial, a decir de la teóloga. Servir en lo más insignificante también nos ha permitido aprender, sufriendo y obedeciendo, como hizo el mismo Jesús (cf. Hb 5,8). Creo que ya estamos más que preparados.

En muchas ocasiones –y yo me reconozco muy bien en esto que voy a decir–, nuestro servicio no se ha dirigido a los pobres y necesitados sino a los mejor instalados dentro de las estructuras eclesiales. En muchos momentos, hemos sufrido una dolorosa escisión al sentirnos desubicados, en una especie de no-lugar. Los religiosos nos han llamado a su servicio obediente, nuestras comunidades familiares se han resentido de nuestras prolongadas ausencias, excusadas en nuestro propio quinto misterio gozoso del Rosario: atender preferentemente las cosas del Padre, como si estuviese ausente de nuestros hogares, de nuestros trabajos o de nuestras amistades.

El jesuita Javier Melloni habla de la vocación, al igual que la profesora López Alonso, como revelación del rostro de Dios en la vida del hombre. Sin las vocaciones laicales no se desvelará del todo. Solo cuando descubrimos nuestro don particular podemos devolverlo a la Iglesia y al mundo. Pienso que el estudio puede devolvernos esta esperanza.

EL ESTUDIO Y LA ESPERANZA

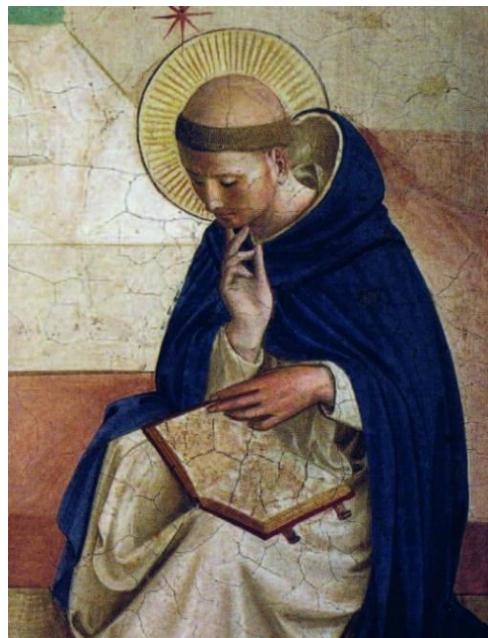
El Maestro de la Orden Timothy Radcliffe nos anima en *El manantial de la esperanza*²⁹ (1995), a renovar los amores de los dominicos y dominicas por el estudio. Es bonito comenzar así, hablando de renovar el amor a través del estudio, ese amor primero al que se hace referencia en el libro del Apocalipsis (cf. Ap 2,4). Destacaré, en primer lugar, la seductora afirmación del Maestro Timothy: «el estudio nos enseña la ternura». El resto de la conferencia nos lleva, de sorpresa en sorpresa, en ese estilo tan brillante y poco convencional que cultiva el dominico.

Afirma que el estudio es un acto de esperanza porque el estudio nos permite comprender que el sufrimiento humano puede tener un significado, que puede ser comprendido como un don. Se trata del don de la Vida con mayúscula encarnada en la pequeña vida de María de Nazaret, cuyo anuncio seguimos celebrando pasados más de dos mil años. La escena de la Anunciación nos sitúa correctamente en el tema: María escucha al mensajero de Dios: al ángel Gabriel. En el cuadro de nuestro hermano Juan de Fiesole (Fra Angelico) vemos a María sentada, con un libro abierto sobre sus rodillas.



²⁹ Puede descargarse gratuitamente en www.dominicos.org, pinchando [aquí](#).

Muy parecida es la figura de María a la de Nuestro Padre, en el fresco de Cristo ultrajado. El maestro Angélico pinta a Santo Domingo en delicado gesto de meditación durante la lectura del libro que reposa, como en el caso de la Anunciación, sobre las rodillas de nuestro fundador. Colegimos al contemplar estas preciosas imágenes que el estudio es fundamentalmente escucha y que tiene frutos de vida.



El primero de esos frutos es, precisamente, la capacidad misma de escuchar. El estudio entrena la escucha porque estudiar requiere concentración y atención. No es lo mismo estudiar que leer una novela, por ejemplo, en la que podemos prestar una atención discontinua sin perder del todo el hilo de la trama argumental. El estudio nos pone en comunicación con un mensaje (escrito) y con quien lo escribe. Esto es particularmente interesante cuando se trata de la Sagrada Escritura, aunque no solo. Mi experiencia como lectora inquieta me ha llevado a escuchar a Dios en palabras humanas de autores no particularmente piadosos. Podría hablar de muchísimos escritores, poetas o científicos, filósofos, psiquiatras, educadores y pensadores, humanistas de todo signo: Humberto Maturana, Salvador Giner, Claudio Naranjo, Joan Chittister, Imre Kertész, Fernando Savater, Raimundo Panikkar, Abraham Maslow, Brian P. Hall, Clarissa Pinkola, Octavio Paz o poetas como William Blake o William B. Yeats, son unos cuantos de esos nombres.

El estudio nos enseña a escuchar y requiere de nuestra plena atención, tal y como buscamos en la conocida práctica de *mindfulness*, que guarda estrecha relación con la ascesis como práctica virtuosa de liberación espiritual, según es definida por la Real Academia Española. La filósofa y activista política Simone Weil (2023), afirmaba que amar es prestar atención. La atención es una forma de amar que hace que las cosas se vuelvan luz, luz que penetra en nuestro interior y se proyecta: el mismo «*contemplari et contemplata aliis tradere*»³⁰ dominicano.

El estudio guarda un estrecho vínculo con el amor, con la ternura. Amamos cuando prestamos atención no fingida al hermano. Entre los autores a los que me he referido anteriormente, se encuentra un profesor del Consejo Psicológico de la Universidad de Santa Clara (California), Brian P. Hall (1995), que me enseñó todo lo que yo sé sobre valores humanos. Los valores nos proporcionan las claves interpretativas que nos permiten comprender en profundidad la conducta de los demás, también la nuestra, alejándonos tanto del juicio severo como de la estéril culpa.

Nuestras fraternidades deberían ser escuelas de estudio, aunque en ellas suele haber más actividad formativa que de estudio propiamente dicho. Deberíamos cambiar el *chip*. En la formación, el que estudia es el que prepara el tema con deseo de dar luz, de ayudar a caminar a otros con su pequeño o gran esfuerzo. Se me ocurre hablaros de una posibilidad de predicación que podría fundamentarse en trabajar «técnicas de estudio cristiano y dominicano», centradas más en el método que en el contenido, aunque sabemos que no son del todo separables. El objetivo podría ser alentar la praxis del estudio entre los hermanos que aman la predicación pues han abrazado de corazón el carisma de nuestro fundador: rezar con los textos de estudio, prestar atención a lo que nos dicen, solicitar la luz de Cristo resueltado para su interpretación. Podríamos hablar de programar una actividad a la que podríamos denominar: «Estudio orante».

Siguiendo con el carisma y con fray Timothy, el estudio nos confirma en el estilo mendicante e itinerante de nuestra predicación. Estudiar de forma sistemática es reconocer nuestra pobreza y nuestra

³⁰ «Contemplar y dar lo contemplado» (TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 188, a. 5c).

limitación. El estudio nos hace buscadores respondiendo a nuestro más íntimo deseo de Dios, ese que no se sacia y no hace más que crecer en nosotros. Nuestra inteligencia solo puede ser guiada por el deseo, pero para que haya deseo hemos tenido que gozar en el curso de nuestro trabajo. Esta cita parafraseada de Simone Weil (2023), nos informa sobre algo muy importante que tenemos muy en cuenta los educadores a la hora de abordar la motivación en el aprendizaje.

Los manuales de Psicología de la Educación nos dicen que la motivación puede ser intrínseca o extrínseca y que solo la primera nos permite perseverar en el esfuerzo de aprender a través del estudio. Si estamos intrínsecamente motivados, el resultado se independiza del proceso. No nos interesa obtener una buena calificación ni preparar una bonita ponencia, tampoco responder a expectativas de otros sobre nosotros mismos. Se trata de una actividad que se retroalimenta en el curso de la misma acción por el gozo encontrado, por la íntima satisfacción que nos deja alcanzar una nueva comprensión de las cosas, un nuevo sentido que nos conecta, una nueva señal de luz. Los psicólogos lo llaman *estado de flujo o flow* (Csikszentmihalyi, 1996).

Para terminar con el *Manantial*, que podría haber ocupado la sesión completa, me detengo en la idea de confiar en el estudio. Pienso que el estudio y la confianza hacen un buen tandem. Estudiar es buscar y busca el que espera encontrar sentido, no provisional sino definitivo, y se pone en camino. Abandona el estudio solo aquel que no espera nada de él. Por eso el estudio nos habla también de esperanza, además de ser testimonial como lo es todo esfuerzo que nos mejora si perseveramos en él.

EL ESTUDIO Y LA VERDAD

No podía finalizar esta aproximación al estudio dominicano sin detenerme en su sentido genuino de búsqueda de la Verdad.

Hace algún tiempo, llegó hasta mí otra conferencia de fray Timothy titulada: *La espléndida sorpresa de la verdad*, conferencia pronunciada en la Ciudad de La Habana el 15 de marzo de 2007. Voy a finalizar esta pequeña reflexión sobre el estudio dominicano con una aproximación al viejo lema de la Orden de Predicadores.

Veritas es el lema que figura en algunos de nuestros escudos. En la web: dominicos.org encontramos una pequeña explicación histórica. Según cuenta un viejo historiador dominico, en el año 1333 el emperador Luis de Baviera, admirado de cómo los dominicos combatían un error del Papa Juan XXII, afirmó de la Orden de Predicadores que «es la Orden de la verdad, ya que la defienden con tanta decisión como libertad». Decisión y libertad son dos términos que encajan muy bien en el estudio dominicano.

Me serviré de un aforismo de Voltaire y de una anécdota de Nuestro Padre. Decía Voltaire que todos «buscamos la felicidad, pero sin saber dónde, como los borrachos buscan su casa, sabiendo que tienen una». Como les pasa a los borrachos con la felicidad, nos pasa a los dominicos con la verdad. Los dominicos buscamos la verdad en el Evangelio y nos encontramos con las palabras de Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6) y con quienes son portadores de su mensaje. A veces nos encontramos con sus mensajeros en las tabernas, como le ocurrió a aquel hombre afortunado que pasó la noche conversando con su huésped, el mismísimo Santo Domingo. Dice el Maestro Timothy que nuestro padre no intentó arrebatarle la razón al tabernero sino buscar una razón mayor que les condujera al mutuo entendimiento. Dialogar es mantener la fe en que la razón puede aportarnos, a todos, nueva luz.

Los que intentamos seguir a Jesús somos buscadores y mendigos de la verdad y a veces perdemos su rastro. En algunos pasajes del Evangelio de San Juan podemos leer cómo Jesús se escabulle, se pierde entre la multitud y desaparece (cf. 8,59; 5,13; 10,39). No podemos atrapar el misterio de Dios con nuestras pequeñas, y a menudo oxidadas, herramientas cognitivas, aunque la comunidad nos puede ayudar. En comunidad podemos buscar mejor, podemos buscar la verdad entre todos, mediante el estudio compartido. Dice fray Timothy que «es la búsqueda compartida de la verdad la que edifica la comunidad y sana la división» (p. 55).

Para terminar, pensemos que la posibilidad de comunicarnos en comunidad tiene como requisito el silencio, así recordamos al Padre Moratiel³¹. Sin silencio no hay escucha, nuestra comunicación se transforma en monólogo y lo que los hermanos tratan de decirnos, en

³¹ Dominico español fundador de la *Escuela del Silencio*, fallecido en 2006.

un ruido de fondo al que no prestamos atención en la preparación del nuevo argumento. No nos gusta escuchar porque no queremos ser convencidos: queremos vencer. Guardar silencio es requisito para la escucha atenta de lo que el otro nos tiene que decir.

El estudio dominicano nos aparta del ruido del mundo y nos sumerge en el silencio de Dios, silencio necesario para recibir la Palabra y, con ella, a los hermanos. Ellos y nosotros estamos necesitados de luz y de consuelo. Comencé con el profeta Jeremías y termino con Isaías:

«El Señor me ha dado una lengua de discípulo para que sepa sostener con mi palabra al abatido. Cada mañana me espabila el oído para que escuche como los discípulos» (Is 50,4).

Bibliografía:

CSEIKSZENTMIHALYI, M. (1996) *Fluir (Flow): Una psicología de la felicidad*. Barcelona: Kairós

GURVITCH, G., dir. (1962). *Tratado de Sociología*. Tomo I. Buenos Aires (Argentina): Kapelusz.

HALL, B.P. (1995) *Values Shift: Personal and Organizational Development*. New York: Twin Lights Publishing

LÓPEZ ALONSO, M. (2002) *Identidad del laicado: Una faz del rostro de Dios aún no desvelada*. Pamplona (España) EVD

RADCLIFFE, T. (1995) *El manantial de la esperanza*. Salamanca: San Esteban.

RADCLIFFE, T. (2007). *La espléndida sorpresa de la verdad*. Conferencia impartida en el Aula «Fray Bartolomé de las Casas» el 15 de marzo de 2007. Fray Timothy Ralcliffe O.P. *Ecos de Fray Timothy*. Centro «Fray Bartolomé de las Casas». Ciudad de La Habana. Pp. 53-65.

WEIL, S. (2009) *A la espera de Dios*. Madrid: Trotta

WEIL, S. (2023) *El deseo*. Madrid: Hermida Editorial

LA PREDICACIÓN DOMINICANA EN UNA SOCIEDAD PLURAL

D. Carlos Luna Calvo, O.P.

Fraternidad de Atocha (Madrid)

MI INGRESO EN LA FRATERNIDAD

Siempre ha habido un deseo en mí de que el otro conozca a ese Dios que es padre y que a ti y a mí un día nos sorprendió y enamoró para siempre. Ese deseo me ha ido acompañando a lo largo de mi vida y de las distintas etapas de madurez por las que ha pasado mi relación con Dios, y aunque en cada una de ellas los modos de darle a conocer cambiaban, ese deseo siempre fue firme y constante. Tanto que en toda mi etapa universitaria, ya con novia y con gran implicación en la parroquia y la pastoral, comenzó a aparecer la idea de hacerme fraile dominico. Ni mi colegio ni mi parroquia tenían historia o contacto con la Orden. Lo único que conocía de ella era lo que me contaban y veía de las hermanas que vinieron a ser las catequistas de nuestros catequistas: la Congregación Romana de Santo Domingo.

Poco a poco fui teniendo más contacto con la Orden. Comencé a asistir a los retiros que ellas organizaban, a conocer a algún fraile que las acompañaba, etc.... hasta que, ya entrada una edad, en torno a los treinta, decidí parar mi etapa profesional -por aquel entonces era profesor de universidad y consultor de marketing estratégico y publicista-, y discernir si esa idea que apareció en mí, era lo que Dios me pedía. Gracias a Dios y a la Orden, que me acogió generosamente, y tras un año de prenoviciado en el convento de San Pablo de Valladolid, pude vivir una de las mejores experiencias de mi vida, en la que tuve oportunidad de cambiar hábitos, agendas, reflexiones y oración, para discernir y «ponerme a tiro» y así responder a la pregunta: ¿cuál es mi vocación?

En los últimos días de esa experiencia, y conociendo las distintas ramas de la Orden, le pedí a mi maestro que me pusiera en contacto con alguna fraternidad de laicos en Madrid y, sin dudarlo,

cuando volví en verano, me presenté al presidente de la fraternidad de la Virgen de Atocha y solicité iniciar el proceso para vincularme a dicha fraternidad. Poco a poco, fui viviendo y conociendo las imperfecciones de la Orden, lo que diferencia una fraternidad de un grupo o comunidad parroquial, la misión que tenemos como predicadores y como discípulos misioneros, y los distintos carismas desde el ser laico.

Por otro lado, siempre he tenido pasión por el marketing y la creatividad. Todo ello me viene de cuando tenía doce años, cuando me colé en el despacho de mi padre, y le robé un libro de los que regalaban con la prensa salmón que se titulaba: «Marketing de guerra» de Al Ries y Jack Trout. El libro trataba sobre las «guerras» entre marcas por conseguir el liderazgo en el mercado y me pareció fascinante. Desde entonces siempre quise dedicarme a ello, y he estado toda mi carrera profesional vinculado al marketing, hasta tener mi propia agencia con experiencia en marketing social y educativo entre otras disciplinas.

Pero durante más de quince años, y unido a ese deseo de dar a conocer a Jesús de Nazaret a los demás, he tenido la intuición de que el marketing bien usado (al igual que cualquier otra técnica), podría aplicarse al reto de la evangelización. Es por ello que comencé a investigar y a ponerlo al servicio de la Iglesia, hasta llegar al día de hoy en el que desde hace cinco años –y tras dejar la publicidad para clientes de gran consumo–, no hablo de marketing si no es para hablar de marketing religioso y su utilización para conectar hoy con los alejados de la Iglesia.

Durante estos años he participado en muchos retos de clientes de distintos sectores y problemáticas, y he aprendido mucho con ellos. Tengo buenos recuerdos de muchas campañas, pero hay una que recuerdo con especial cariño y no fue en el ámbito profesional. Fue mi primera experiencia de evangelización a la vez que publicitaria. Tendría unos trece años. En ella le propuse a otro amigo que era un *lanzado*, hacer algo por las navidades para realmente dar a conocer el verdadero sentido de la Navidad. Compramos con nuestra paga cientos de vasos de plástico blancos y en el interior escribimos a mano un mensaje navideño. No recuerdo muy bien en qué consistía pero decía algo como: «Estas navidades, emborráchate de vida. Jesús nace hoy» o «Llena el vaso de tu vida. Jesús nace hoy». Tras largas horas

escribiendo cientos de vasos y el salón de mi casa lleno de plástico, nos lanzamos mi amigo y yo a la calle Preciados de Madrid el 24 de diciembre a dar esta pieza publicitaria a todo aquel que pasara por delante nuestro.

¡Wow! Fue mi primera experiencia de rechazo por hablar de Jesús fuera de los muros calientes de mi parroquia. La gente nos tiraba a la cara los vasos nada más leer el mensaje que aparecía en su interior, otros directamente ni se acercaban tras oír el saludo de «Feliz navidad, Jesús nace hoy», otros pensaban que les íbamos a pedir algo a cambio por darles un vaso... Todavía recuerdo una madre que paseaba con su hijo pequeño agarrado de la mano, y al coger un vaso que le ofrecí, la señora comenzó a reclamarle por haber recibido el mensaje sin haberlo pedido: «¡Por qué lo coges! ¿Alguien te ha dicho que lo cojas? ¡Devuélvelo ahora mismo!». El niño, asustado, no entendía nada, sólo había cogido un vaso a alguien que les había deseado feliz navidad.

Poco a poco, el suelo se iba cubriendo de blanco, y no era porque nevara. Nosotros nos manteníamos firmes, pero más sonrojados por el espectáculo que se estaba generando: cientos de vasos tirados en el suelo daban mucho el «cante»; y como no podía ser menos en estas cosas de Jesús y la plaza pública, al final aparecieron las autoridades de la época. Dos policías municipales, casi con más lástima de dos niños con espíritu navideño que con ganas de aplicar la ley, nos solicitaron que recogiéramos todos los vasos del suelo y nos fuéramos de allí. Así que la escena terminó con dos niños haciendo de barrenaderos del distrito Centro de Madrid, regresando a sus casas en la línea 53 de los autobuses urbanos, con sentimientos encontrados de fracaso y satisfacción por haber seguido su intuición y rebeldía al modelo de navidad planteado por la sociedad.

A pesar del poco éxito de la misma, fue una gran experiencia evangelizadora para nosotros y supongo que también lo fue para todos nuestros compañeros de grupo de Confirmación cuando se lo contamos.

A lo largo de estos años, he ido concretando cuál es mi llamado como laico dominico. En una Orden tan diversa como la nuestra, sin una misión tan acotada como la tienen otros Institutos religiosos – salvo la predicación–, es importante saber en qué te está llamando

Dios concretamente y lo que puedes aportar humildemente a la Iglesia y a la historia de salvación de los hombres.

«Escucha Israel, El Señor es tu Dios» (Dt 6,4).

Y escuchando las necesidades de la Iglesia que me ha tocado vivir, mis talentos y conocimientos desarrollados todos estos años, los deseos de la sociedad actual en la que estoy inmerso, y mi deseo que te comentaba al principio de ayudar a que el otro se encuentre con Dios, puedo decir que, gracias a Él, he sabido concretar mi opción de laico dominico.

Y no son pocas las veces que me lo tengo que recordar para no desviarme del camino como creativo que está acostumbrado a salir y probar cosas nuevas: «Carlos: o evangelizas, o despiertas el deseo por evangelizar en la Iglesia, o enseñas cómo hacerlo a través de tu área de conocimiento. Todo lo demás es distracción y ego».

Creo que sentirse escogido, deseado, es la nueva sed del siglo XXI. Y, cómo no, la sociedad de hoy intenta satisfacerla por sí sola con migajas de afectos que ni la llenan ni la devuelven a su identidad más profunda de criaturas amadas desde la eternidad.

En la publicidad hemos sido expertos en despertar deseos por productos, marcas, cambios de hábitos, etc. Por eso tenemos mucho que aprender hoy de ella para nuestro reto evangelizador.

PERO... ¿DÓNDE ESTÁN LOS DOMINICOS?

En los últimos años he tenido la suerte -y la responsabilidad- de poder estar más en contacto con distintos ámbitos eclesiales que buscan de forma incesante una respuesta al reto evangelizador que la sociedad actual nos plantea como Iglesia. Y no en pocos, cuando me presentaba como laico dominico, me cuestionaban con esta rotunda pregunta: «¿Dónde están ahora que les necesitamos?», «¿dónde está la Orden cuyo *expertise*³² es la predicación?». La Orden que ayudó a buscar y a encontrarse con la Verdad a tanta gente fuera y dentro de la Iglesia en tiempos en los que las ideologías, las nuevas idolatrías y el sinsentido se apoderaban de muchos hermanos que estaban

³² Pericia.

llamados a ser salvados, tal y como ocurre hoy con nuestros contemporáneos.

El mundo está cambiando, los «atrios de los gentiles» se diluyen, los alejados ya no idolatran becerros de oro, sino de carne y hueso bajo el «INRI» de *influencer* y cada vez ven menos en nuestro modo de vivir y de predicar (cabe destacar que los separo) un lugar donde encontrar razones para cuestionarse el sistema de valores –o contravalores–, en los que construyeron su identidad en medio de una masa cada vez más globalizada y uniforme.

«NO NECESITO A TU DIOS PARA SENTIR TODO LO QUE ME CUENTAS»

Eso me contestó con cierto tono efervescente cuando la conversación alcanzó un nivel de controversia elevado. Ambos teníamos unos 30 años, era compañero del sector publicitario en el que he trabajado prácticamente toda mi carrera profesional, y después de largas y amistosas conversaciones mostrándole por qué creo y por qué le invitaba a «probar» (como si esto fuese una nueva bebida que hubieran lanzado al mercado que te quita la sed eternamente), me contestaba de este modo resolutorio casi sin más argumentos para afianzarse en su ateísmo radical.

Fue cuando me di cuenta con certeza de algo que llevaba intuyendo desde hacía años y que hoy parece confirmarse: el ateo de hoy no lo es simplemente porque no crea en Dios, sino porque no cree que necesite algo/ Alguien más allá de sí mismo. Su canal de trascendencia está cortocircuitado y su autosuficiencia, pecado que por otro lado ha acompañado al hombre desde sus orígenes –eso no ha cambiado–, le impide necesitar hacerse la pregunta sobre la *necesidad*. Dios ya no es ni el opio que le pudo consolar o evadir de un contratiempo en su vida, de una monotonía existencial, o un mal día por los pocos *likes* que consiguió tras largas horas de creación de contenido pretendiendo más seguidores en sus redes sociales.

Mientras tanto, la Iglesia se encuentra en medio de un cambio de época. Virar una barca tan gigantesca y con tanto lastre como la de Pedro es demasiado lento y complejo. Los tiempos, las personas y los modos de aproximarse a ellas cambian tan rápidos que la sensación que se apodera en muchos de nosotros es que estamos perdiendo

«cuota de mercado» (expresión que oigo a menudo y que me niego a acuñar aunque se use en el mundo marketiniano, puesto que nuestra intención no es la sostenibilidad o rentabilidad como lo puede ser en una empresa).

Pero aquí está la cuestión de fondo: ¿cuál es nuestra intención? La Iglesia de hoy tiene muchos retos (mujer, coherencia de vida, vocaciones, escándalos, edad, sostenibilidad económica, etc.) y nuestra Orden como parte de ella también los tiene. Pero hay un reto que está por encima de todos ellos: el reto del propósito; de su sentido más profundo; de su «para qué». Y es a ti y a mí, hermano, a quienes se nos pide ser protagonistas de la «encarnación» con la ayuda de Dios, de ese propósito, ayudando a nuestra Orden e Iglesia a revivirlo en medio de tantas buenas-malas razones que nos han desviado del mismo.

En Marcos 16,15, Jesús lo afirma claramente: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura»; o si queremos fijarnos en la cita de Mateo:

«Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,19).

Cabe destacar dónde aparece explícito este comisionado por parte de Jesús: al final de los Evangelios, en la resurrección, cuando Jesús resucitado se encuentra con ellos y se «cierra el círculo» de todo lo vivido, aprendido y experimentado con el Maestro, en el que éste les deja un mandato final. El Maestro podría haber hecho otra síntesis final de todo lo vivido en esos años, pero decidió enfocarlo en lo substancial.

El principal mensaje que coincide en ambos pasajes, es el «id» que además entraña con la *itinerancia dominicana*. Una invitación a no guardar esta fe y conocimiento que hemos descubierto como discípulos, con miedo a perderlo haciendo tres tiendas, o conventos, o fraternidades, o parroquias para alimentarla. No os quedéis parados, celosos de vuestro descubrimiento, id a todas las naciones (ancianos, migrantes, LGTBI+, jóvenes, niños, padres primerizos, profesionales,

directivos, mandos intermedios, obreros, artistas, políticos, traficantes, prostitutas, etc.) y tantas culturas y subculturas urbanas que afloran en la sociedad actual.

«SI, PERO... JESÚS SANABA Y LIBERABA A OTROS DE SU OPRESIÓN O EXCLUSIÓN EN LA SOCIEDAD»

Eso fue lo que me increpó en una charla un hermano de fraternidad con un gran compromiso social en distintas iniciativas de la Orden.

Por supuesto que Jesús sanaba y liberaba, pero siempre lo hacía como un signo del Reino y en nombre de un Dios Padre con la finalidad de que los presentes o cercanos al agraciado creyeran. El objetivo último era que tuvieran fe. Esto se ratifica en los inicios del Evangelio de Juan:

«Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

Ahora bien, si en toda nuestra defensa de la justicia y en nuestra apuesta por los últimos, no explicitamos en nombre de Quién lo hacemos, estaremos trabajando para otro equipo: la solidaridad, el civismo, los derechos humanos... pero no estaremos evangelizando. Hoy en día, esa actitud ya no levanta tantas preguntas de carácter trascendental en el ateo como ocurría en los inicios, cuando los derechos humanos *brillaban por su ausencia*.

Benedicto XVI ya nos llamó la atención con su : «Nos quieren convertir en una ONG» y no lo somos. La Iglesia surge para evangelizar y todo lo que hace debería ir enfocado a ese propósito.

«¿Dónde están los dominicos?», me preguntaban otros laicos sin reproche, pero con el interés profundo desde el que una persona busca desesperadamente un cabo al que agarrarse, en medio de una tormenta, puesto que percibe que se está hundiendo. La Orden de Predicadores, que desde sus orígenes había nacido como respuesta a una necesidad que la Iglesia de su tiempo tenía y que Santo Domingo –desde su mirar profundo de la realidad– había detectado, en esa ocasión, no estaba siendo respuesta. En cambio, sí lo eran otros

movimientos surgidos a finales del siglo XX, pues ofrecían su visión –aunque no respuestas–, al gran reto de la evangelización en España.

«NO PASA NADA, LA IGLESIA SOMOS TODOS»

Efectivamente, eso le contesté a este hermano de otra fraternidad cuando le expuse esta situación que llevaba observando desde hace años al colaborar con la Conferencia Episcopal. O... ¿quizás sí pasa algo?

Obviamente esto no es una cuestión de ego, ni de corporativismo eclesial o de competencia entre los distintos movimientos cristianos. En absoluto. Ni de añoranzas de tiempos en los que se tuviera más o menos poder e influencia institucional. No son celos; pero sí es una cuestión de celo. Celo evangelizador por salvar almas. Cada vez más me pregunto qué nos diferencia de otros laicos que están llamados también a ser discípulos y a hacer discípulos.

Para mí, más allá de las distintas patas del carisma –que ni las menciono aquí porque estoy seguro de que las conoces–, están el ardor, la pasión, el deseo inmenso de salvación que tuvo y cultivaba Santo Domingo al ver la realidad de la Iglesia de su tiempo y de sus contemporáneos. Si ese celo por evangelizar y salvar a mi prójimo no lo alimentamos dentro de nuestras fraternidades, en la Orden y en la Iglesia que nos toca vivir, estamos deformando nuestra vocación. Y entonces, a mi modo de ver, sí pasa algo: que no vivimos como *respuesta a una llamada*. Lo cual es la condición primera del discípulo.

Y al olvidar esta condición primera y necesaria, comenzamos a llenarnos como laicos de otras condiciones (que ni son suficientes, ni primeras) como planes de formación, pastoral, logísticas, eventos, memorias de nuestra Orden, celebraciones litúrgicas... pasando por alto que en un mundo eclesial lleno de estímulos, contenidos y ofertas, siendo todas ellas buenas para vivir nuestra fe, lo más importante es volver a la esencia de lo que a Santo Domingo le preocupó y le movió: la salvación de las almas. Esto dice alguien que le conoció:

«Era tan fervoroso en la predicación, que de día y de noche, en las iglesias y en las casas, en los campos y en todas partes, quería

y exhortaba a los frailes que predicasen la Palabra de Dios y que no hablasen sino de Dios»³³.

SE VEÍA VENIR

Muchos de los niños de hoy no saben quién es Jesús, porque sus abuelos –que eran los únicos que les hablaban de Él– ya se fueron. En España el 85% de las personas que acuden a nuestras Misas en 15 años ya no estarán. Te invito a que en la próxima celebración a la que acudas en tu parroquia mires el perfil de los asistentes. Muchos de los pocos niños que asisten con sus padres, y que supuestamente son el futuro, posiblemente pierdan la fe o se hagan de eso que llaman «no practicantes» (por cierto, algo que nos tenemos que hacer ver como Iglesia... no conozco un «vegetariano no practicante» que cada domingo se meta un chuleton de Ávila de 400 gramos, pero ahí te lo dejo...) y la otra parte de ese 85% son los restos de una era de la Cristiandad, en la que se tocaban las campanas y acudían inmediatamente a escuchar al clero y que por ley natural, pasarán a la casa del Padre más pronto que tarde.

Pero esto no se trata de llenar por llenar... no somos ni una empresa, ni un teatrillo que necesita de su aforo para sentir el calor del público. Pero sí de observar los frutos para juzgar las raíces, los efectos para llamar la atención sobre sus causas.

Ya en 1975 Pablo VI nos recordaba en la *Evangelii Nuntiandi* 14: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar». Algo que todos los sucesores de Pedro han seguido haciendo hincapié.

Juan Pablo II, viendo lo que ya se avecinaba, y preparándose para el nuevo milenio, promocionó la *nueva evangelización* de infinitas formas: encíclicas, exhortaciones apostólicas, sínodos, audiencias generales, viajes apostólicos... pero fue en 1992 cuando en la Jornada Mundial de la Juventud (JM) en Denver (lugar que, por cierto, dicen que no fue recomendado por sus asesores por miedo a la baja

³³ D. Guillermo PEYRONNET, abad de San Pablo de Narbona, *Proceso de canonización de santo Domingo*, Actas de los testigos del Languedoc, n. 18.

afluencia que iba a suscitar en el joven estadounidense un Papa polaco y no ser un lugar de tradición católica como los anteriores... de nuevo el miedo por los resultados, pero de esto comentaremos más adelante) cuando el Papa les lanzó este mensaje a los jóvenes dejando claro que la evangelización era su principal tarea:

«Cada uno debe tener la valentía de ir a difundir la buena nueva entre la gente del último tramo del siglo XX, en particular entre los jóvenes de vuestra edad, que guiarán la Iglesia y la sociedad en el siglo próximo».

Denver fue un punto de inflexión sobre todo en Estados Unidos, donde posteriormente surgieron grandes iniciativas post JMJ. Pero Juan Pablo II volvía una y otra vez a la misma idea:

«Preveo que ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización... Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos»³⁴.

Es decir, no hay tarea mayor que ésta. Es un deber supremo.

Benedicto XVI movió estructuras para continuar con el gran reto y necesidad de este nuevo milenio, y entre 2010 y 2012 constituyó el *Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización* y también convocó el *Sínodo para la Nueva Evangelización*.

Es tal la urgencia e importancia, que no es casualidad que el primer documento Pontificio creado por el Papa Francisco (sin incluir *Lumen Fidei*, que concluyó del Papa Benedicto XVI) fuera la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. En ella manifiesta su sueño más importante:

«Sueño con una “opción misionera”, es decir, con un impulso misionero capaz de transformarlo todo, de modo que las costumbres, los modos de hacer, los tiempos y los horarios, el lenguaje y las estructuras de la Iglesia puedan canalizarse adecuadamente para la evangelización del mundo de hoy»³⁵.

³⁴ *Redemptoris Missio*, 3.

³⁵ *Evangelii Gaudium*, 27.

Pero desde 1975 en el que Pablo VI nos llamaba la atención sobre la prioridad de la Iglesia hasta ya el primer cuarto de siglo XXI en el que nos encontramos, seguimos con este «deber supremo» pendiente que nos aleja de lo que realmente somos y estamos llamados a ser como Iglesia. Quizás los laicos dominicos estemos llamados, hoy más que nunca, a ser luz dentro de la Iglesia para recordar lo que nos debe mover, y en qué debemos dedicar nuestra existencia: la salvación de las almas.

«HAY MUCHAS FORMAS DE EVANGELIZAR»

Ésta es para mí una de las grandes mentiras que el maligno ha colado a lo largo de la historia en la Iglesia. Siempre con su mismo *modus operandi*: restando importancia a lo que dejamos de hacer, haciendo ver la bondad de las opciones que él propone, minimizando los efectos secundarios de nuestras acciones...

Él mismo se ha encargado de instalar mentiras como la frase célebre de San Francisco de Asís, que todavía sigo oyendo mencionar a autoridades eclesiásticas: «Predica el Evangelio en todo momento y, si es necesario, usa las palabras». Cuando los mismos historiadores de la Familia Franciscana reconocen que no existen pruebas de que San Francisco dijera tal frase y oficialmente no se la atribuyen a su fundador.

O haciéndonos ver que «con el testimonio basta». Si fuera así, el mundo estaría ya convertido por los grandes ejemplos de personas que todos (ateos y creyentes) conocemos. Como mencionaba antes, hoy ya no basta con el testimonio. Simplemente viendo cómo actúas, compras o te relacionas, el otro no va a saber que existe un Dios Padre que le amó desde la eternidad, que murió por él y que le acompaña en el día a día en su vida. Es preciso que si «el Verbo se hizo carne» (Jn 1,14), ahora la carne (es decir, lo tangible que ven de ti), vaya acompañado de un verbo conjugado por ti mismo en ese instante y actualizado a la realidad y contexto personal del alejado. De otro modo, estaremos haciendo apología de un humanismo o del concepto «solidaridad» que otros también abanderan.

No hay muchas *formas* de evangelizar, más bien hay muchos *caminos* donde poder plasmar la evangelización, porque toda la

creación es cauce de ello y puede ser usado para hablar al alejado sobre ese Dios creador. Pero asistir a un enfermo, no es evangelizar, es asistir a un enfermo. Quedarse con los nietos una tarde mientras sus padres se dedican un tiempo a ellos mismos, no es evangelizar, es hacer de abuelos. Ir a una manifestación en favor del oprimido inmigrante, no es evangelizar, es ser activista y tomar partido por los excluidos. Acompañar a un anciano en un paso de cebra, no es evangelizar, es ser cívico. Incluso ser catequista de un grupo de jóvenes, no es evangelizar, es hacer pastoral.

Pero todos estos actos se pueden convertir en evangelización si tú y yo tenemos la valentía de encomendarnos a Dios antes de hacerlos (lo que nos posiciona como discípulos) y verbalizamos a los que nos rodean en nombre de Quién lo hacemos y por qué estamos allí.

SEIS CAMINOS DE CONVERSIÓN PARA PLASMAR LA PREDICACIÓN DOMINICANA HOY

El tiempo actual nos reclama esa itinerancia y valentía que Santo Domingo nos dejó como ejemplo. Es un momento histórico en el que, como laicos predicadores, debemos poner toda nuestra energía, talento, debilidad y confianza para ayudar a la Iglesia a cumplir su mandato hoy. Para ello te comarto seis caminos de conversión que creo nos pueden ayudar a ser cauce de esa misión evangelizadora.

De una fraternidad de autoconsumo a una fraternidad evangelizadora

Tengo la esperanza de que en nuestras fraternidades nos ayudemos a vivir el deseo fervoroso por dar a conocer a Dios al alejado. Y tengo la sensación de que estamos más preocupados por alimentar la fe que tenemos, que en despertarla en los que todavía no la tienen.

«¿De qué andáis hablando?» (Lc 24,17), le preguntó Jesús a sus discípulos de Emaús, y esa misma pregunta nos la hace hoy a los laicos: ¿qué conversaciones ocupan nuestras reuniones? Nuestra formación, nuestros avisos, nuestra tradición, nuestra liturgia, nuestra... todo para cuidar y conservar la fe que tenemos, porque, lógicamente, el mundo exterior no nos ayuda a cuidarla. Pero todas estas actitudes,

aunque buenas, nos alejan de nuestro propósito y nos convierten en un lugar de auto-consumo y auto-nutrición sin vivir el «*id*» que el Maestro nos insistió. Sin embargo, sabemos que Santo Domingo «exhortaba a los frailes para que predicas la Palabra del Señor, y que no hablaran a no ser de Dios»³⁶.

Pero hay una conversión más profunda que está detrás de este cambio de actitud y que debemos denunciar y ayudar a transformar en los ámbitos eclesiales donde nuestras fraternidades se encuentren: dejar de preocuparnos por llenar de sentido nuestra existencia como humanos para comenzar a despertar el *sentido* en los que están fuera. Esto supone dejar de acercarnos al ámbito religioso porque nos llene o nos plenifique; y comenzar a hacerlo desde la condición de discípulos llamados.

El primero busca su beneficio, autoestima, plenitud, interés (...te quiero Andrés³⁷) -objetivos todos respetables-, pero que no suponen una auténtica conversión porque emanan de uno mismo. La segunda actitud es más propia de un adulto maduro en la fe que actúa por sentirse llamado a ello, responsable de su mandato y como sujeto pasivo de la llamada. No le mueve su autoestima y búsqueda de plenitud, le mueve su amor al que le llama.

Si no es así, ¿qué nos diferencia de los no creyentes que buscan saciar su insatisfacción en el *mindfulness*, nueva era, espiritualidades orientales, etc.? Pero mientras sigamos más preocupados de llenarnos y formarnos que de llenar y ser medio para que Él dé forma a otros, seremos *trigo amontonado que se pudre*, justo lo que Nuestro Padre Santo Domingo quiso evitar enviando a sus primeros frailes a la misión, aun no teniendo medios, estructuras, dinero, etc.

El laico dominico pone el foco en *la sed y el hambre de sentido* de la sociedad que contempla, no en su propia sed y deseo de saciarla.

³⁶ D. Guillermo PEYRONNET, abad de San Pablo de Narbona, *Proceso de canonización de santo Domingo*, Actas de los testigos del Languedoc, n. 18.

³⁷ Dicho español: «Por el interés te quiero Andrés».

De una fraternidad «atrapada» en su presente imperfecto y débil a una Orden con una visión de eternidad

Hay un rasgo muy propio en Santo Domingo que debe inspirar nuestra predicación: vivir la vida con *visión de eternidad*. Santo Domingo era un hombre con los pies en la tierra y atento a la necesidad de su época, pero con una visión de eternidad y transformadora de la realidad eclesial y social de su tiempo. Esta visión le movía a asumir riesgos, cruzar la otra orilla y defender la Verdad con la mirada puesta en la salvación de todo aquel que se encontraba. De ahí ese ser «luz de la Iglesia» en el mundo, pero también luz dentro de ella para acercar a la Iglesia a la misión evangelizadora que Jesús pretendió.

Ahora bien, mientras a ti y a mí nos de lo mismo si *se salvan* nuestro vecino, nuestro cliente, nuestro cuñado, nuestro alumno, nuestro proveedor, nuestro tabernero, etc., no estaremos viviendo con esa visión de eternidad que Santo Domingo tenía. Mientras sigamos poniendo los ojos en nuestro presente imperfecto lleno de ausencia de vocaciones, edades avanzadas, falta de asistencias, cansancios acumulados, carencia de manos, estructuras estériles, etc. poco tenemos de dominicos, y sí de gestores institucionales de fe.

Por otro lado, hay una llamada a la visión temporal de la Iglesia y de la Orden que nos toca vivir y de la que somos protagonistas. Desde hace tiempo, hay una pregunta que me ronda por la cabeza: ¿qué visión tenemos como fraternidad, como Orden, como Iglesia para los próximos cinco años, o sí lo prefieres para el 2033, en el que celebraremos el gran Jubileo con motivo de los dos mil años de la muerte y resurrección de Jesucristo? Una visión nos moviliza, nos dinamiza, nos entusiasma, nos compromete, nos responsabiliza de nuestro día a día. Sin embargo, el presente y el día a día nos ocupa más que aquello a lo que estamos llamados.

¿Vivimos nuestra vocación de laicos dominicos con visión de futuro, de eternidad? o ¿estamos atrapados en las inercias y las rutinas impuestas por nuestras estructuras y tradiciones?

De un laicado preocupado de su autoestima a una Orden que arriesga por «oler a oveja»

El tercer rasgo de nuestro ser laico y de nuestro modo de predicación, es que esa mirada de eternidad que antes te comentaba, unida

a esa confianza en quien nos ha llamado, nos lleva a asumir riesgos como hicieron tantos cristianos que nos han precedido incluido Nuestro Padre Santo Domingo.

Esta autoestima –necesidad por otro lado intrínsecamente humana–, nos lleva a estar más (pre)ocupados de los resultados de nuestras acciones que en satisfacer las búsquedas de los alejados. Más preocupados en el número de visitantes que en el cuánto hemos sabido satisfacer a los muchos o pocos que se acercaron a la iniciativa que lanzamos. Detrás de esta mirada en el número, hay una lógica del mundo que mide nuestra competencia en algo, o nuestra valía o bondad de las acciones en términos de éxito y acogida de las mismas. Y eso nos lleva a no arriesgar, y si lo hacemos, a medir inmediatamente el resultado de la acción para corroborar que era mejor estar y hacer lo de siempre, y no evidenciar así cuán buenos o malos somos convocando o generando nuevas iniciativas para hablar al alejado. Así siempre podremos seguir lamiéndonos las heridas y ser víctimas del entorno cultural anti-eclesial que sufrimos en la Iglesia.

Por otro lado, el grado de riesgo que asumimos indica cuánta es nuestra confianza en Jesús. Un enfoque en nuestras competencias y habilidades para predicar y aproximarnos a los alejados, o un enfoque desde la gracia y la debilidad del que se siente acompañado por Dios. Somos predicadores *de la gracia* pero también *desde la gracia* que nos hace abandonar la lógica esfuerzo-resultado para actuar confiados en favor de la salvación del más próximo.

«Con los pies descalzos salgamos a predicar» dicen que recordaba Santo Domingo a sus frailes, haciendo alusión al pasaje de la zarza ardiente. Pero también el Papa Francisco nos recuerda algo que entraña con la valentía de Santo Domingo:

«Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades»³⁸.

³⁸ *Evangelii Gaudium*, 49.

De una fraternidad preocupada por su consistencia interna a una Orden que se «descalza» de ella para encontrarse con la oveja alejada

Tengo las sensación de que tanto en la Iglesia como en nuestra Orden, estamos más (pre)ocupados en la consistencia de nuestras acciones con nuestra tradición, Regla, carisma, aniversarios, etc. que en satisfacer las búsquedas de los que todavía no están.

En la Iglesia de barrio están más preocupados de la carta pastoral del obispo, del eslogan parroquial elegido en el Consejo, del año que se celebra en la Iglesia..., y por ello buscan que todo lo que se haga tenga conexión directa y congruencia con todo ello. Pero esta coherencia interna nos puede alejar de estar atentos y sensibles a lo que podría mover al ateo, al alejado o al que una vez estuvo y se fue de nuestras parroquias.

¿Dónde buscamos que encajen nuestras acciones del día a día como predicadores?: ¿en la del obispo?, ¿en la de la diócesis?, ¿en la de la parroquia?, ¿en la del provincial?... ¿o en la del alejado?

«Hoy he venido a alojarme en tu casa» (Lc 5,19) le dijo Jesús a Zaqueo. Buscar constantemente nuestra consistencia interna nos puede llevar a perdernos en un océano de buenas y malas razones para olvidarnos de la oveja perdida.

¿Cuánto se «desvía» nuestra fraternidad del camino planificado por salir al encuentro de los alejados?

De un laicado indiferente por la salvación del más próximo a un laicado sensible por la salvación de las almas

¿Cuántos de nosotros nos confesamos por el pecado de omisión? ¿Cuántos de nosotros pedimos perdón por no haber hablado con el más cercano sobre su salvación y la buena noticia de saberse escogido y amado por un Dios padre?

Como te comentaba antes, este es un llamado para todo discípulo de Jesús, pero es el ardor evangelizador, la visión y la pasión de Santo Domingo por la salvación del otro, la que, a mi modo de ver, nos diferencia de otras Órdenes y carismas.

Ya el Maestro de la Orden fray Bruno Cadoré en su carta a los laicos en diciembre del 2013³⁹ en la novena al Jubileo de la Orden, nos invitaba a una «renovación del celo por la predicación» eligiendo el lema: «Enviados para predicar el Evangelio».

Esta es otra manera de vivir esa visión de eternidad que te compartí anteriormente. Cuando me preocupo por el «yo eterno» de mi prójimo y no sólo por su yo contingente y lleno de necesidades con el que me encuentro en ese momento presente. Cuentan que Santo Domingo...

«...enviaba a los frailes a predicar, rogando y amonestándolos que fueran diligentes en la salvación de las almas. Y les decía: “Id tranquilos, porque el Señor pondrá palabras en vuestros labios, y estará con vosotros”»⁴⁰.

De un laicado estático a una orden que practica y anima a su Iglesia hacia la itinerancia

Pero como te comentaba antes, es el «id» el verbo principal de ese mandato y es la principal llamada que no sólo el Papa nos pide con esa *Iglesia en salida*, sino que la sociedad de hoy también nos lo reclama.

Este rasgo/camino de conversión de la predicación dominicana está expuesto en este escrito en último lugar no por casualidad. Cuando termines de leer podrás continuar con tus rutinas y haber engordado el carisma de la *formación* en tu vida y en la Orden; o por el contrario, podrías *mover* a personas, inercias, conceptos, en tu fraternidad y en tu modo de ser laico dominico. Está en tus/sus manos.

Este rasgo no sólo se refiere a una *itinerancia de acción* en arriesgar con nuestras acciones hacia la oveja perdida por amor al mandato que recibe el discípulo. Sino también se refiere a una *itinerancia conceptual* para salir de nuestra tierra intelectual sobre cómo hemos entendido hasta ahora la evangelización. Es una llamada a la creatividad que nos saca de nuestra *caja sepulcral* del «siempre se ha hecho así»,

³⁹ Puede descargarse gratuitamente en www.dominicos.org, pinchando [aquí](#).

⁴⁰ JUAN DE NAVARRA, *Proceso de canonización de santo Domingo*, Actas de Bolonia, Testigo 5, n. 2.

para acercarnos a la otra orilla permitiéndonos vivir el gozo de ser instrumentos de encuentro con la oveja perdida.

CONCLUSIÓN

Estos rasgos/caminos de conversión no pretenden más que ser llamadas de atención para que con la ayuda de Dios y la de todos los hermanos, podamos responder a nuestra vocación de discípulos predicadores y a la necesidad de un Iglesia actual que con lamento y esperanza nos busca para preguntarnos: ¿cómo predicar hoy?

Agradezco la confianza de la Orden por encomendarme este artículo y agradezco enormemente a mi mujer Sara por darme la oportunidad, el cariño y el soporte necesario para poder acometerlo. Sin su generosidad y la de tantos *santos ocultos*, muchas de nuestras iniciativas o responsabilidades como laicos dominicos no hubieran sido posibles.

Que Dios les bendiga a todos ellos.

EL GOBIERNO EN LAS FRATERNIDADES LAICALES DE SANTO DOMINGO

D. José Vicente Vila Castellar, O.P.

Fraternidad de Torrent (Valencia)
Presidente de las Fraternidades
Laicales de Santo Domingo de Hispania

Toda asociación humana, bien sea civil o religiosa, precisa de una organización para su funcionamiento.

Como recordareis, hace pocos años, en 2016, hemos celebrado los 800 años de la confirmación de la Orden por el Papa Honorio III, efemérides que se celebró a nivel mundial por toda la Orden, pero también a nivel local. Nosotros aquí, por ejemplo, nos unimos la comunidad de frailes, las monjas contemplativas (una representación) y la fraternidad laical, y celebramos el *Inicio del Año Jubilar* solemnemente. También, junto con la Familia Dominicana de Valencia, celebramos un acto conmemorativo del Jubileo presidido por el Cardenal-Arzobispo de Valencia, don Antonio Cañizares, y el prior provincial de Hispania, fray Jesús Díaz Sariego, en el que participamos todas las ramas de la Familia Dominicana. Por otro lado, yo, como presidente provincial, participé en la *Clausura del Año Jubilar* en Roma, en la Misa de clausura celebrada por Su Santidad el Papa Francisco, en la basílica de San Juan de Letrán, y me encontraba acompañado por varios miembros de mi fraternidad y alguno de la fraternidad de Valencia.

También en 2021, hemos celebrado los 800 años del *Dies Natalis* de Santo Domingo, es decir, su nacimiento para el Cielo.

Santo Domingo, al presentar su nueva Orden al Papa, el año 1215, asumió comunitariamente, junto a sus hermanos de Toulouse, la *Regla de San Agustín*, e incluso, en algunos puntos, la hizo más severa.

Tanto la organización civil medieval como la de la Iglesia, presentaban una estructura totalmente piramidal, pues a la cabeza figuraba el Papa o el señor feudal y por debajo iban acumulándose por

orden jerárquico el resto, ocupando el último estrato la gente más sencilla.

La novedad que presenta Domingo con su Orden, inspirándose en el funcionamiento de los gremios y los concejos de los ayuntamientos, es que establece una estructura horizontal, lo cual en la Iglesia era totalmente nuevo. Aunque los canónigos o monjes se reunían en Capítulo, la última palabra la tenía el obispo o el abad, como aun ocurre. Lo que quiso Santo Domingo es que, de una manera o de otra, todos los miembros de la Orden participaran en la toma de decisiones, amparándose en el dicho propio de la Alta Edad Media que dice: «Lo que afecta a todo el mundo, todo el mundo debe tratarlo».

Como presidente provincial, he tenido que adoptar alguna decisión –junto al Consejo– con la que personalmente no estaba totalmente de acuerdo, pero como se decidió entre todos, tuve que asumirlo como propio.

Santo Domingo, desde la confirmación de la Orden por el Papa Honorio III, recibió un gran número de bulas con las que se le otorgaba una gran autoridad, y recibió el título de *Prior Ordinis*, aunque los frailes y el propio Santo Domingo utilizaron el de *Magister Praedicatorum*. Esta autoridad es la que utilizó Domingo el 15 de agosto de 1217 para la dispersión de los frailes de la comunidad de San Román de Tolosa, decisión no siempre comprendida, pues incluso fue criticada por algunos frailes. Pero, en el momento del primer Capítulo general de la Orden de 1220, celebrado en Bolonia, se pudo comprobar la idoneidad de aquella decisión. *El trigo amontonado se pudre, mientras que esparcido fructifica*.

En el comienzo de este Capítulo Santo Domingo pidió a sus hermanos, que representaban a todos los conventos: «Merezco ser depuesto porque soy un inútil y un relajado» y deseó humillarse de mil maneras, según nos refiere el padre Vicaire en su *Historia de Santo Domingo*⁴¹. Y ante la negativa de los hermanos capitulares, accedió a presidir el Capítulo, pero la autoridad la remitió a la comunidad.

Basándose en esto, los Capítulos generales, que son la máxima autoridad en la Orden junto al Maestro, se dividen en dos tipos:

⁴¹ Cf. Marie-Humbert VICAIRE, *Historia de Santo Domingo*, Edibesa, Madrid 2003, p. 704.

Capítulo de provinciales, al que asisten los responsables de cada una de las Provincias y Vicariatos, y Capítulo de definidores, en el que asisten los hermanos de cada una de las Provincias que han sido elegidos por sus conventos para representarlos, dando la posibilidad de que, desde la base, puedan representar a sus hermanos.

Estos dos tipos de Capítulos que gozan de idéntico poder, alternan cada tres años en la proporción de dos Capítulos de definidores por uno de provinciales. Para que un proyecto pueda alcanzar valor de ley, debe ser aprobado por tres Capítulos consecutivos.

La famosa «democracia dominicana», que ha servido de modelo a algunas estructuras estatales políticas, no está basada en el dominio de las mayorías (aunque en ocasiones se deba recurrir a ellas), pues lo que se intenta es conseguir el consenso mayoritario, buscando siempre el bien común. Por eso en ocasiones se aprueba algo con lo que quizás nosotros no estemos de acuerdo. Pero, dado que se ha decidido por todos, las cumplimos y defendemos como propias, buscando siempre vivir de acuerdo a la auténtica misión evangelizadora de la Orden.

Fray Marie Dominique Chenu dijo: «Domingo y sus primeros hermanos fueron, por instinto, verdaderos maestros en institución evangélica»⁴².

Esta estructura funciona en el Capítulo conventual, en el provincial y en el general, y es común tanto para frailes, monjas, fraternidades laicales y sacerdotales, y también en la mayoría de las Congregaciones de dominicas de vida activa, y ello es lo que configura un todo que da a la Orden un perfil pleno, y que hoy denominamos Familia Dominicana.

En el mundo civil, la ley fundamental de la democracia es la ley de la mayoría. Entre nosotros esto no es así. Aunque se tengan los votos suficientes para aprobar algo, nuestra ley propia es la de buscar el consenso mayoritario. En el Capítulo conventual, y lo mismo en el provincial o en el general, en vez de contentarse con una votación rápida, se debe dar oportunidad a una extensa información del caso, suscitar una búsqueda en común y provocar un intercambio de

⁴² Marie-Dominique CHENU. *Cahier du huitième centenaire de la naissance de saint Dominique*, Fanjeaux 1970.

opiniones, de suerte que se tienda a generar un parecer unánime, en la medida de lo posible, por medio de un *discernimiento* (en el que la comunidad medita en común la voluntad de Dios). Esta búsqueda de la unanimidad, aunque no se logre, garantiza –de algún modo– la presencia del Espíritu del Señor y, por esto mismo, orienta con mayor seguridad de cara a conocer la voluntad de Dios.⁴³

Este discernimiento comunitario que inspira el gobierno de la Orden, supone una auténtica capacidad de renovación. Domingo fundó la Orden en un momento de enfrentamiento entre la Iglesia y ciertos ámbitos del mundo, y en él encontró su razón de ser y de su misión. De ahí brota la necesidad de una renovación permanente para salir al encuentro de los desafíos de un mundo en incesante evolución, manteniéndonos fieles al carisma de la Orden.

HERMANOS (Y HERMANAS) DE LA ORDEN DE PENITENCIA DE SANTO DOMINGO⁴⁴

En el inicio de la Orden, muchos laicos y laicas colaboraban con Domingo y sus frailes llevando una vida similar a los religiosos, pero eran no consagrados. Junto a ellos aparecieron las llamadas «militias», cuya misión era ayudar a la Iglesia en su lucha contra la herejía. Una de ellas, auspiciada por el obispo Fulco de Tolosa, se crea con la misión de luchar contra la herejía cátara, protegiendo a los frailes predicadores cuando se dirigían a una localidad para difundir el Evangelio. Pasado el tiempo, todos los laicos y laicas que se asociaron a los franciscanos o a los dominicos recibieron la denominación de «penitentes», los cuales se asociaron y buscaron dotarse de un estatuto jurídico, en Italia. De este modo, en el ámbito franciscano, aparece en 1221 el llamado *Memoriale* el cual, a partir de 1228, experimenta una influencia dominicana. Así los penitentes se dividieron en

⁴³ Cf. Vincent DE COUESNONGLE, «Un gobierno al servicio de la comunión y de la misión universal de la Orden», 1977.

⁴⁴ Cf. Oscar Jesús FERNANDEZ NAVARRO, *La primera regla del laicado dominicano. La regla de Munio de Zamora en 1285*. Conferencia pronunciada en la escuela de teología del convento de San Pablo, Palencia 2010. Publicado en la carpeta nº 5, art. nº 23 de la preparación del Jubileo 2016: *El Laicado Dominicano y la Predicación*.

«penitentes grises» de obediencia franciscana y «penitentes negros» de obediencia dominicana.

En 1284 un franciscano, llamado Caro, quiso imponer a todos los penitentes el hábito gris y modificar el *Memoriale* para darle un sentido más monástico, a lo que se opusieron los penitentes negros (dominicanos). En 1285 es elegido Maestro de la Orden fray Munio de Zamora, y al ver el enfrentamiento que existe en Italia, redacta una Regla para los penitentes que desean mantener lazos con los frailes predicadores. Así recibirán el nombre de *Hermanos de la Orden de Penitencia de Santo Domingo*. Esta Regla recibe el visto bueno del Papa Honorio IV en 1286, por ella los laicos y laicas que la siguen se incorporan a la jurisdicción de la Orden, marcando una diferencia notable con la Regla de Caro (de los laicos y laicas franciscanos) sobre todo en cuestiones referentes al gobierno de las fraternidades.

Esta Regla, a pesar de su aprobación por Honorio IV, tuvo que pasar por muchas situaciones de conflicto hasta su aprobación definitiva en los pontificados de Inocencio VII (1404-1406) y de Eugenio IV (1431-1447).

La estructura de gobierno de la fraternidad que se estipula en la Regla de fray Munio de Zamora prácticamente no ha cambiado, con un asistente religioso dominico, un prior laico, un Consejo y una Asamblea de profesos.

El cargo de prior era vitalicio pero revocable cada año (lo mismo que pasaba por entonces con los frailes). La *fórmula de profesión* era muy similar a la que utilizamos ahora. Llama la atención que esta norma medieval preserve la autonomía de los laicos.

Por otra parte, es muy dominicano el papel que desempeña en el equilibrio de la vida de los laicos la *ley de la dispensa* (que exime del cumplimiento de ciertas obligaciones con el fin de poder dedicarse al estudio o la predicación) y que la *Regla no obligue bajo pena de pecado* (es decir, que su incumplimiento no sea considerado un rechazo a la voluntad de Dios, sino sólo a lo estipulado por la propia Regla). Por todo ello, tanto el prior como el asistente religioso pueden dispensar

de normas, cuando esté totalmente justificado, siempre que estas no afecten a la ley divina o a la ley universal de la Iglesia.

Con la aparición del *Código de Derecho Canónico* en 1918, fue obligatorio reemplazar la Regla por otra adaptada a dicho Código, aprobándose esta en el Capítulo general de 1921 y siendo promulgada por Pío XI en 1923.

¿Cómo pudo mantenerse tantos años la Regla de fray Munio de Zamora? Porque con la evolución de las fraternidades fueron dulcificándose algunos artículos y otros cayeron en desuso. Por ejemplo, aparecieron términos nuevos como «Tercera Orden» y «terciarios» a partir del siglo XV⁴⁵. Asimismo, se piensa que se pudo mantener tanto tiempo por la flexibilidad que aportó la ley de la dispensa.

CONCILIO VATICANO II

Tras el Concilio Vaticano II, celebrado entre 1962 y 1965, se modifican todas las Reglas de los Institutos Religiosos, y también la correspondiente a los laicos y laicas dominicos, que ahora tienen una nueva denominación y dejan de llamarse «terciarios». En 1969 el Maestro de la Orden fray Aniceto Fernández promulga la Regla que es aprobada *ad experimentum* por la Sede Apostólica en 1972. En 1983 el Capítulo general de Roma comisionó al Maestro de la Orden fray Damián Byrne a celebrar un Congreso internacional de laicos de Santo Domingo para adaptar y renovar la Regla de las fraternidades laicales.

Éste se celebró en Montreal, donde se elaboró el texto definitivo, que fue aprobado por la Santa Sede y promulgado el 28 de enero de 1987. Es la Regla que, con algunas modificaciones, y con las declaraciones generales de los Maestros de la Orden, nos rige actualmente. Las últimas modificaciones son a raíz del *Tercer Congreso Internacional del Laicado Dominicano* celebrado en Fátima en octubre de 2018 y que entraron en vigor el 24 de mayo de 2019.

En este Congreso se nos pidió una actualización y puesta al día de nuestros Directorios provinciales, cosa que hemos realizado. Y tras

⁴⁵ Cf. José de BARINAGA, *Manual de los Terciarios de Santo Domingo*, El Santísimo Rosario, Palencia 1888.

su aprobación por el Maestro de la Orden, nuestro Directorio se promulgó por el prior provincial de la Provincia de Hispania en septiembre de 2023.

Tanto a nivel de cada fraternidad como de toda la Provincia, estos cambios han supuesto una puesta al día de nuestro Directorio, pues el anterior se promulgó cuando éramos tres Provincias en España además del Vicariato de Nuestra Señora del Rosario, y se ha acogido sin problemas.

ESTRUCTURA DE GOBIERNO

La estructura de gobierno en nuestras fraternidades está formada por el presidente y su Consejo que son elegidos por la Asamblea de la fraternidad por un periodo de tres años. Los miembros del Consejo eligen entre ellos los servicios de vicepresidente, secretario y tesorero. El *asistente religioso* de cada fraternidad lo nombra el prior provincial, a solicitud de los miembros de la fraternidad y con el conocimiento del promotor provincial.

El *vicepresidente* tiene por misión sustituir al presidente, cuando este se lo demande, y si el presidente dejara de serlo antes de finalizar el periodo para el que fue elegido, debe asumir el cargo de presidente, bien hasta finalizar el periodo, o bien hasta convocar nuevas elecciones. El *secretario* tiene por misión mantener al día el archivo de la fraternidad con las actas y el libro de registro de admisiones y promesas, mantener la correspondencia y convocar las reuniones del Consejo a instancias del presidente, e informar al Consejo provincial de las admisiones, promesas y oficios que se produzcan en su fraternidad, para incorporarlos al Registro provincial. En cuanto al *tesorero*, es el que maneja el fondo económico de la fraternidad, llevando un control minucioso de ingresos y gastos y dando cuenta al Consejo y a la Asamblea del estado de cuentas.

A nivel provincial es similar, el *presidente provincial* es elegido por la Asamblea provincial, y a continuación se eligen los miembros del Consejo provincial, que son elegidos por un periodo de cuatro años. La elección del presidente provincial debe ser confirmada por el prior provincial. El promotor provincial es nombrado por el prior

provincial con la anuencia del Consejo de provincia, o bien lo nombra el Capítulo provincial, también por un periodo de cuatro años.

El actual Consejo provincial está formado por mí, como presidente provincial, que procedo de la fraternidad de El Vedat de Torrent en Valencia, el vicepresidente es Juan Jesús Pérez Marcos que procede de la fraternidad de Jaén y es el encargado de la formación inicial y permanente. La secretaria provincial es María José Vicente que pertenece a la fraternidad de Valencia. La tesorera es Marisa de Llaguno de la fraternidad del Albergue en Madrid. El consejero encargado de comunicación es Julio Mora Fandos, que pertenece a la fraternidad de El Vedat de Torrent en Valencia. El consejero encargado de vida y misión es Cristóbal Arellano Barroso de la fraternidad de Scala Coeli de Córdoba. El consejero encargado de justicia y paz es Oscar Salazar Orio, que pertenece a la fraternidad del Albergue de Madrid. El consejero encargado de promoción vocacional es José López Barberá, que pertenece a la fraternidad de El Vedat en Torrent Valencia. Y la consejera encargada de Familia Dominicana es María del Carmen Calama de la fraternidad Nuestra Señora de Atocha de Madrid.

A nivel regional sucede lo mismo: la Asamblea europea (en nuestro caso) elige a los cinco miembros del Consejo europeo. En las dos últimas Asambleas europeas (Fátima 2017 y Vilnius 2022) a las que hemos asistido en representación de la Provincia, han salido elegidos consejeros dos hermanos de nuestra Provincia: Maro Botica y Juan Jesús Pérez Marcos. Entre los miembros del Consejo europeo eligen a su presidente, el cual, junto a los representantes del resto de regiones (África, Asia-Pacífico, América Latina y Caribe y Estados Unidos y Canadá) conforman el *Consejo Internacional del Laicado Dominicano*. Estos cargos deben ser confirmados por el Maestro de la Orden, fray Gerard Timoner, con el conocimiento del promotor general del laicado, fray Cristóbal Torres.

EL SERVICIO A LAS FRATERNIDADES

Todos, absolutamente todos, estamos llamados a colaborar en el gobierno de nuestras fraternidades. No vale la excusa de «a mí no me votéis». Pues si somos coherentes con nuestra espiritualidad dominicana, todos debemos estar dispuestos a cumplir con el servicio,

si somos elegidos para ello. Aunque es bien sabido que «cada cargo es una carga», debemos aceptarlo como un servicio que nos piden nuestros hermanos, y al que debemos ofrecer todos nuestros «carismas» intentando, en lo posible, colaborar con el mejor funcionamiento de la fraternidad, aceptando con gusto la labor que nos suponga.

A nivel de Provincia ocurre lo mismo. Lo más lejos de mi cabeza que yo tenía cuando asistí, como presidente de mi fraternidad, a la Asamblea constitutiva de la nueva Provincia, es que podía ser elegido presidente provincial. Pero mis hermanos capitulares así lo consideraron y yo acepté con gusto, y, por qué no, con miedo a este nuevo servicio que me pedía la Orden y que no sabía si podría ejercerlo con humildad y espíritu de servicio. Tengo que reconocer que me vi arropado por un Consejo provincial en el que trabajamos todos en la misma dirección y, gracias a ello, pude cumplir con mi cometido, con el incomparable apoyo del promotor provincial fray Juan Carlos Cordeiro.

En todo el periodo como presidente provincial (desde 2016) y con la reelección (en 2021), solo he tomado dos decisiones personalmente. La primera fue designar como secretaria provincial a una persona cercana a mí y que realizó su cometido admirablemente, tanto, que en 2021 fue elegida consejera provincial. La segunda decisión que adopté fue la de intentar sobrecargar menos, en la medida de lo posible, la economía de la Provincia.

Todas las decisiones que se han tomado durante mi mandato han sido adoptadas de forma colegiada, de tal forma que han sido dialogadas, meditadas y oradas por todo el Consejo provincial. En alguna ocasión lo hicimos con dolor (porque las circunstancias eran difíciles), pero siempre con la seguridad de que estábamos cumpliendo con nuestro cometido.

La forma de que todas las laicas y los laicos dominicos tengan la posibilidad de poder emitir su parecer, es con la participación en la vida y misión de la Provincia, pues eso hace posible la comunión con la vida y misión de la Orden de Predicadores. Así, a través de su

pertenencia a la Provincia, las fraternidades se integran en la misión universal dominicana de predicar el Evangelio⁴⁶. Pero esto no es fácil.

DIFICULTADES QUE DEBEMOS AFRONTAR

Imagináros que el Maestro de la Orden convoque el Capítulo general, y que los padres capitulares no acudan, excusándose cada uno de forma variada, como si se tratase de la *parábola del banquete de bodas* (cf. Mt 22,2-14).

Pues bien, humildemente debemos reconocer que algo similar ha ocurrido en las dos últimas Asambleas provinciales. En la de 2021, en plena pandemia, habiendo adoptado el Consejo provincial el hecho de practicar test de antígenos a todos los asistentes en la entrada y salida de dicha Asamblea, que por cierto todos fueron negativos, la asistencia fue escasa. Podemos entender que las personas mayores tenían miedo.

A la Asamblea provincial intermedia celebrada en diciembre de 2023, asistió nuestro actual promotor general del laicado fray Cristóbal Torres Iglesias. Este fraile ha sido nombrado por el Maestro de la Orden, recientemente, el 8 de septiembre de 2023 y procede de la Provincia de San Martín de Porres de Estados Unidos. Nacido en Nueva York, es hijo de padres cubanos. Por ello habla perfectamente español. Además, es doctor en Teología y predica también a través de las artes visuales, ya que es un excelente pintor. Aunque su presencia podía ser un estímulo para todos, desgraciadamente no conseguimos que la asistencia pudiera superar el 50% del total de las fraternidades.

Debemos recordar que la Asamblea provincial está formada por el presidente provincial, el Consejo provincial, los presidentes de todas las fraternidades y un delegado por cada fraternidad, lo cual supone la obligación de cumplir con estos requisitos, y además cabe la posibilidad de que al presidente pueda sustituirlo el vicepresidente,

⁴⁶ Cf. Art. 4 del *Directorio Provincial*.

y a cada delegado un sustituto que habrá sido elegido por su fraternidad.

Al inicio de la nueva Provincia de Hispania, fue muy costoso olvidarse de las antiguas Provincias, las que de forma jocosa llamábamos «de soltera Bética», o «de soltera España», o «de soltera Aragón», tal como decía nuestro inolvidable fray Francisco Rodríguez Fassio. Cada uno quería que las cosas se realizaran tal como se habían venido realizando en sus Provincias, pero, afortunadamente, gracias a la disponibilidad de todos, y a una buena dosis de humildad, no intentando imponer, sino convencer, se ha conseguido que el espíritu de Provincia se haya impuesto con la anuencia de todos.

Tengo que reconocer que en el Consejo provincial también hemos encontrado el apoyo incondicional por parte de fraternidades que desde el primer día han asumido el nuevo estatus de la Provincia, y esto es una inyección de ánimo y optimismo.

BUENAS LECCIONES QUE HE RECIBIDO

A lo largo de este tiempo en el que he podido ponerme en contacto con las distintas fraternidades, generalmente acompañado por el promotor provincial, fray Juan Carlos Cordero, hemos podido constatar las distintas realidades que adornan a nuestra Provincia, pues cada fraternidad tiene su idiosincrasia con sus formas peculiares de vivir el carisma dominicano. Pero puedo constatar que esto nos ha supuesto un enriquecimiento para nuestro servicio a la Provincia.

Hay fraternidades en el sur que están trabajando mucho y bien en favor de los inmigrantes que llegan en pateras. Otras están trabajando en la atención a gentes sin recursos. Otros laicos colaboran con el *Observatorio Samba Martine* atendiendo a inmigrantes ingresados en los Centros de Internamiento de Extranjeros y trabajando en la trata de personas. Otras fraternidades se vuelcan en la atención a personas mayores y enfermos, y además tienen instituido un banco de alimentos con lo que ayudan a los más necesitados. Como se puede ver, cada fraternidad asume, en la medida de sus posibilidades, un compromiso de vida apostólica

Los distintos apartados que componen nuestro Directorio, son uniformes y también flexibles, para que así cada fraternidad, dentro de su realidad vital, pueda adaptarse y enfocar su vida y misión para poder llevar el espíritu que nos infundió Santo Domingo a las personas que nos rodean. Como sabéis, nuestros púlpitos no son los de las iglesias, nuestros púlpitos se encuentran en nuestros ambientes de familia, de trabajo o de amistad, y se basan fundamentalmente en nuestro *testimonio de vida*. Ojalá pudieran decir de nosotros, como en las primeras comunidades cristianas:

«Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2,42).

Hay fraternidades volcadas en la atención a los últimos de los últimos, en Madrid colaboran con el *Proyecto Balimayá* que facilita acogida y vivienda a inmigrantes sin recursos. Otro ejemplo son los *Hogares San Martín de Porres* de Torrent (Valencia), gestionados íntegramente por laicas y laicos dominicos, que cuentan con tres hogares dos para hombres y uno para mujeres, donde se acogen a personas sintecho con problemas de adicciones, fundamentalmente alcoholismo. En estos hogares se les ayuda a recuperar sus hábitos más básicos y fundamentalmente su dignidad, y, con ayuda psicológica y mucho cariño, van recuperándose, llegando a integrarse nuevamente en la sociedad.

CONCLUSIÓN

Para finalizar únicamente me gustaría transmitiros que, lo mismo que movió a nuestros primeros hermanos a seguir la espiritualidad que les infundía Domingo, con su entrega, su disponibilidad a la itinerancia y a asumir aquello que era mejor para todos, pongamos nuestra disponibilidad al servicio que nos pueda pedir la Orden a través de nuestros hermanos, y lo realicemos con generosidad y humildad.

Si sirve de ejemplo, cuando yo finalice mi segundo cuatrienio como presidente provincial, volveré a ser un «laico normal» en mi fraternidad, con la tranquilidad de que el servicio que se me pidió, lo

he intentado realizar -dentro de mis posibilidades- con entrega y humildad.

Quedo a vuestra disposición para aquello que me queráis preguntar, y muchas gracias por vuestra asistencia.

LA VIVENCIA DEL LAICADO DOMINICANO EN EL SIGLO XXI

Dña. Covadonga Estévez Sarabia, O.P.

Fraternidad de Atocha (Madrid)

¿QUÉ OFRECE LA ORDEN DE PREDICADORES AL LAICO QUE BUSCA A CRISTO EN LA IGLESIA?

Quiero comenzar hablando de cómo yo descubrí mi vocación dominicana. Yo ya sabía, después de un discernimiento largo y muy fructífero, que mi vocación era ser laica, siendo testigo de Cristo en mitad del mundo y en medio de mi familia. Llevaba así bastantes años y notaba que me faltaba una identidad eclesial más concreta, pero confiaba en Dios sin cerrarme a nada, aunque sin aferrarme tampoco a nada que no sintiera como algo propio de mi persona.

En mi afán de conocer más profundamente «las cosas de Dios» me puse a estudiar Ciencias Religiosas en la Universidad Eclesiástica de San Dámaso, en Madrid. Cuanto más estudiaba, tenía más inquietud y más deseos de llevar a todos los «secretos» de Dios que iba descubriendo en mis estudios y sentía con tal fuerza la necesidad de compartir esa profundización en la verdad de Dios y de *contarlo* a todos mis conocidos, que estaban lejos de Dios por no conocer las razones últimas de su existencia, que me llevó a ser profesora de Religión con una intención especial de abrir la razón humana a los «secretos» de la fe que tantos desconocían. Aun así, me seguía sintiendo un poco huérfana dentro de la Iglesia.

Pero yo seguía en la parroquia y con mi grupo de amigos creyentes, con los cuales hice un viaje a Caleruega. Por cierto, se estaba celebrando los 800 años de la Orden, creo recordar que era el 2016. Estando allí, un fraile dominico nos dio una charla sobre fray Marie Joseph Lagrange y la fundación de la Escuela Bíblica de Jerusalén. En mitad de su conferencia dijo la siguiente frase: «Estudiad y enseñad para la salvación de las almas». Vi claramente que esa era mi vocación, estudiar y enseñar para la salvación de las almas. No dije nada,

pero me quedé con la copla y no se me iba de la cabeza. No sabía si escribir a aquel fraile y preguntarle por qué dentro de mi esa frase resonaba con tanta fuerza.

Dejé pasar julio, y a finales de agosto escribí a un profesor que tuve en San Dámaso (y que era dominico) y le conté lo que me pasaba. Fue él quien se dio cuenta de que necesitaba ponerme en contacto con laicos dominicos y me facilitó el correo del presidente de la fraternidad de Atocha. Desde el primer día, aun viendo que no conocía absolutamente a nadie ni nada de los dominicos más allá de lo estudiado en Historia de la Iglesia, supe que era mi sitio y, aunque no congeniara con ningún hermano de la fraternidad, si era ahí donde tenía que estar por ser mi vocación, tendría que aprender a amar y a comprender a cada uno de mis hermanos.

Para mí no fue fácil. Venía de una situación muy diferente y los hermanos que encontré casi todos llevaban mucha formación de años de ser dominicos, de trabajar en colegios, instituciones, apostolados... y yo me veía muy diferente. Pero compartíamos una fraternidad y un deseo de ser dominicos al estilo de Santo Domingo, aunque en el siglo XXI. Hoy en día, y aun estoy en ese recorrido, he comprendido que el amor a la verdad y el amor a la fraternidad y a la Orden es lo que me va construyendo «eso» que me faltaba para completar mi identidad eclesial. No puedo estar más contenta ni más agradecida a Dios y a todos los hermanos que he ido descubriendo. Y aunque a veces no haya habido un entendimiento de primeras, eso mismo me ha afianzado en mi vocación laical dominicana.

VOCACIÓN DEL LAICO

La fundamentación teológica del seglar en el seno de la Iglesia es un don del Concilio Vaticano II: «Se superó el concepto de que los seglares son el “auditorio”, el “público”, la materia de evangelización. Quedó muy claro que son parte vital de la estructura teológica

de la Iglesia»⁴⁷. La novedad no está tanto en el contenido teológico, sino en el hecho de abordarlo y exponerlo.

Para desarrollar la espiritualidad propia del laicado, tenemos que centrarnos en la idea de carisma y espiritualidad, como seguimiento de Cristo por la acción particular en cada cristiano de la acción del Espíritu (gracia), donde Dios se encarna en cada circunstancia del hombre (en aquellas circunstancias que parecen más «alejadas» o contrapuestas a Dios: pecado, pobreza, cruz...). Dios se encarnó en una circunstancia humana concreta, la de Jesús de Nazaret, en el siglo I d.C., en la cultura judía.

Es decir, Dios se «hace» a la «forma» y a la época humana concreta, histórica, para poder entrar en nuestra realidad, pero a la vez no podemos olvidar que es Dios. Y su finalidad no es simplemente comunicarse con el hombre, es salvar al hombre, elevarlo a la vida divina. De ahí la importancia de realizar un planteamiento cristológico adecuado, partiendo de la Encarnación, siguiendo la unción y espiritualización de la humanidad de Jesús, que «va creciendo en gracia y sabiduría» (Lc 2,50) ante Dios y ante los hombres. La Encarnación es un proceso dinámico en la carne humana. Es un proceso vivo. Y, por lo tanto, todo cristiano tiene que hacer ese mismo recorrido a lo largo de su vida.

En Jesús de Nazaret no se agotan las posibilidades del hombre. Jesús fue contingente, persona concreta y finita en una realidad cultural concreta. En él habitaba la plenitud de la divinidad, pero como hombre no agota todas las formas humanas. De ahí la importancia que dan los Evangelios al seguimiento de Jesús y no a su imitación (concreta y finita). Es decir, tomar su vida como modelo a seguir dejándose inspirar por el Espíritu en la realidad humana de cada cristiano. Por ello, la importancia de una correcta cristología para entender bien la vocación como misión.

La humanización de Cristo ocurre en el tiempo y el espacio, como todo ser humano, pero es el Espíritu quien lo actualiza en cada momento de su existencia terrenal. Este seguimiento concreto en la vida de cada hombre dejándose inspirar por el Espíritu para llegar a

⁴⁷ María Julia HERRERA VIDAL, «Teología del laicado», *Los laicos en la Orden Dominicana*, p. 29.

la verdadera filiación es la verdadera vocación cristiana (cf. Gal 4-5). Es decir, Dios nos «primerea»; con la Encarnación de Cristo nos ha abierto a la acción del Espíritu, pero siempre es el hombre el que realiza las obras que el Espíritu le inspira. No es solo la acción humana (pelagianismo), sin actuación anterior de Dios, pero tampoco es puro espiritualismo sin la acción humana. Siempre es Dios y el hombre actuando juntos, aunque lógicamente en diferente nivel.

Es, pues, el Espíritu de Dios el que sigue actuando en la historia humana. Tras la Encarnación de Cristo y su bautismo, el Espíritu actúa en la carne humana a través del Cuerpo Místico de Cristo, es decir, de toda su Iglesia. Dice San Pablo en su carta a los Efesios:

«Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un Bautismo» (Ef 4,4-5).

Podríamos afirmar que cada vocación o misión (laica, religiosa) es una actualización concreta del Misterio de Cristo en cada hombre, en cada ser humano⁴⁸, a partir del Bautismo, surgiendo así la comunidad eclesial como prolongación de la inhabitación del Espíritu en la carne de Cristo.

LA VOCACIÓN DEL LAICO EN LA ECLESIOLÓGIA DEL CONCILIO VATICANO II

La Iglesia es una comunidad apostólica y profética, concebida o vista como una comunión de personas a imagen de la Trinidad. Casi siempre se ha hecho más hincapié en el apelativo de apostólica como forma jerárquica, de eficacia salvífica por los sacramentos, ministerios e instituciones. Así, podría parecer que los laicos tienen una actitud pasiva de recibir solo los sacramentos como medio de santificación. Sin embargo, todo bautizado es insertado en la vida de Cristo y en su Misterio Pascual, y por tanto tiene una misión regia, sacerdotal y

⁴⁸ Cf. *Gaudium et spes*, 22.

profética de naturaleza carismática, es decir, donde actúa el Espíritu y, desde ahí, surgen las diferentes vocaciones eclesiales.

El Espíritu actúa en todo bautizado; así pues, la *vocación* no es dada por el ministerio o función, sino por la acción del Espíritu en cada bautizado. Podríamos decir que la vocación actúa en el orden ontológico (lo que uno *es*), no en el orden funcional (lo que uno *hace*). Como dice Pablo en su carta a los Efesios 4,11: «A unos los constituye apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores o maestros...». De la misma manera, el Espíritu, la gracia increada, será la que actúe en todo cristiano para realizar su vocación. El Espíritu Santo es quien constituye a los bautizados en hijos de Dios y, al mismo tiempo, en miembros del Cuerpo de Cristo. Lo recuerda Pablo a los cristianos de Corinto: «En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo» (1Co 12,13); de modo tal que el apóstol puede decir a los fieles laicos: «Ahora bien, vosotros sois el Cuerpo de Cristo y sus miembros, cada uno por su parte» (1Co 12,27); «La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo» (Gal 4,6; cf. Rm 8,15-16)»⁴⁹.

Si es Dios quien realiza la acción en el hombre y este es el que actúa en respuesta a su vocación personal, siempre habrá una comunión en los carismas y no una separación en la Iglesia. Las alteridades personales no eliminan la comunión; al contrario, son una complementación necesaria en la vida de la Iglesia. Ya Pablo en 1Co 12,4-6 subraya el origen y carácter trinitario de los diversos carismas de la Iglesia. Vivir del Espíritu es la vocación del cristiano. Y ha de llevar a una realización máxima dicha vocación, como hizo Jesucristo, cada cual en la singularidad de su vida histórica, cultural y concreta.

En Cristo se da la plenitud de la revelación; está acabada, pero no completada, pues en cada ser humano que libremente decide actuar de acuerdo a su vocación, se enriquece así la vida de la Iglesia, en un marco de comunión en el Espíritu, pero concretado en cada vida y en cada cristiano. El laico, pues, no es una prolongación de la vida del ministro. Estamos en comunión, pero cada uno con sus

⁴⁹ *Christifidelis laici*, 11.

acciones concretas. Es una relación de comunión, no de «identidad» en la santidad.

Citando el documento de Juan Pablo II, *Christifideles laici*:

«...el Concilio [Vaticano II], con su riquísimo patrimonio doctrinal, espiritual y pastoral, ha reservado páginas verdaderamente espléndidas sobre la naturaleza, dignidad, espiritualidad, misión y responsabilidad de los fieles laicos»⁵⁰.

Y los Padres conciliares, haciendo eco al llamamiento de Cristo, han convocado a todos los fieles laicos, hombres y mujeres, a trabajar en la viña:

«Este Sacrosanto Concilio ruega en el Señor a todos los laicos que respondan con ánimo generoso y prontitud de corazón a la voz de Cristo, que en esta hora invita a todos con mayor insistencia, y a los impulsos del Espíritu Santo. Sientan los jóvenes que esta llamada va dirigida a ellos de manera especialísima; recíbanla con entusiasmo y magnanimidad. El mismo Señor, en efecto, invita de nuevo a todos los laicos, por medio de este santo Concilio, a que se le unan cada día más íntimamente y a que, haciendo propio todo lo suyo (cf. Flp 2,5), se asocien a su misión y con su palabra y su vida testimonien la fuerza del Evangelio»⁵¹.

Tras el Concilio Vaticano II, la Iglesia es concebida como una comunidad (Trinidad) -Pueblo de Dios- «que celebra su fe»⁵².

«Los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde»⁵³.

⁵⁰ *Ibid*, 2.

⁵¹ *Ibid*.

⁵² *Sacrosanctum Concilium*, 7

⁵³ *Lumen gentium*, 31

De ese modo, realizando el ejercicio del sacerdocio de Cristo, celebramos todos la Eucaristía, cada uno según su vocación dentro del cuerpo Místico de Cristo.

Así pues, la definición de laico depende fundamentalmente del *concepto de Iglesia* (Eclesiología) y también de una *correcta Cristología*.

A partir del Concilio Vaticano II la vocación bautismal pasará a un primer plano como sacramento por el cual todos somos incorporados a Cristo. De forma que las diferentes vocaciones no son totalmente independientes unas de otras pero tampoco dependientes. Somos Comunidad que vive de la comunión de las distintas misiones, envíos o vocaciones suscitadas por el Espíritu Santo.

En *Sacrosanctum Concilium* se dice, en el n.14:

«En cuanto a la actividad apostólica del laico, la misión apostólica, la pastoral, ya no es privilegio o deber exclusivo del clero, sino corresponsabilidad de todos los bautizados como consecuencia de una “*vocación bautismal*”».

El decreto *Apostolicam actuositatem* indica, entre otras cosas, la participación activa y responsable de los laicos en la misión salvífica de la Iglesia como «específica y absolutamente necesaria»: «Porque el apostolado de los laicos que brota de la esencia misma de su vocación cristiana nunca puede faltar en la Iglesia»⁵⁴. Una vez más la idea de comunión en la Iglesia.

Así pues, podemos afirmar la doble misión del laico: una que le es común con todo bautizado y otra que le es propia. La común es contribuir al crecimiento de la Iglesia y a su edificación, y la propia queda bien recogida en el documento *Evangelli nuntiandi* de Pablo VI:

«Su campo propio de actividad en la tarea de evangelización es el amplio y complicado mundo de los asuntos sociales y políticos, la economía y la cultura, las ciencias y las artes, la vida internacional y los medios de comunicación de masas, así como de otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor,

⁵⁴ *Apostolicam actuositatem*, 1.

la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento»⁵⁵.

LAICOS Y DOMINICOS

Los laicos dominicos nos insertamos en la vida del mundo como una prolongación del carisma dominicano. Nuestra identidad se sustenta en una espiritualidad de misión, donde nuestra vida cotidiana es un espacio privilegiado para el testimonio. Los laicos dominicos debemos cultivar una vida de oración y reflexión, alimentándonos de la Palabra y de la doctrina de la Iglesia, para ser testigos auténticos del Evangelio.

Entre los discípulos de Cristo, hay hombres y mujeres dominicos que vivimos en el mundo, participando activamente, por nuestro Bautismo y nuestra Confirmación, en la misión real, sacerdotal y profética de Nuestro Señor Jesucristo, y *tenemos como vocación hacer brillar la presencia de Cristo en el corazón de la humanidad* de forma que, a través de nosotros el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado por todos los hombres.⁵⁶

Los laicos en la Orden de Predicadores estamos llamados a vivir nuestra fe de manera activa, participando en las actividades de nuestra fraternidad y en la misión evangelizadora. En efecto, la vida dominicana se caracteriza por la comunidad, el estudio, la oración y la predicación. Los laicos dominicos debemos estar en constante formación para ser capaces de dar razón de nuestra fe y responder a los desafíos que se nos presentan en la sociedad actual. Algunos de entre nosotros, *movidos por el Espíritu Santo a vivir según el espíritu y el carisma de Santo Domingo*, se incorporan a la Orden dominicana mediante un *compromiso especial* conforme a los estatutos que les son propios.⁵⁷

⁵⁵ *Evangelli nuntiandi*, 70

⁵⁶ Cf. *Regla de la fraternidad laical de Santo Domingo*, Provincia de Hispania, 2023, n. 1.

⁵⁷ Cf. *ibid.*, n. 2.

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN Y EL LAICO DOMINICO

En el contexto actual de la Iglesia, donde se busca revitalizar la fe en una sociedad a menudo indiferente, la nueva evangelización se convierte en un mandato urgente. Esta iniciativa no es solo para los clérigos, sino que también involucra a todos los laicos, quienes deben estar preparados para llevar el mensaje de Cristo a quienes no lo conocen o se han alejado de Él.

El Papa Francisco ha subrayado la importancia de que cada cristiano sea un «misionero» en su vida cotidiana, llevando la alegría del Evangelio a su entorno. Esto implica que los laicos dominicos debemos encontrar formas creativas y eficaces para ser embajadores de Cristo en nuestras comunidades, lugares de trabajo y familias.

Por ejemplo, los laicos podemos involucrarnos en actividades de caridad, educar a otros sobre la doctrina social de la Iglesia, o simplemente ser un apoyo espiritual para nuestros amigos y compañeros de trabajo, creando un espacio de diálogo donde se puedan compartir las verdades de la fe.

Además, es crucial que los laicos nos mantengamos actualizados en cuestiones sociales, políticas y culturales, para poder ofrecer respuestas –basadas en la fe– a los problemas contemporáneos. La educación continua y la formación en la fe son esenciales para que los laicos nos equipemos con las herramientas necesarias con el fin de que seamos agentes de cambio en nuestros contextos vitales.

La nueva evangelización se presenta como una oportunidad para que los laicos dominicos nos comprometamos con nuestro entorno, en un contexto donde los valores cristianos a menudo son cuestionados. Nuestro testimonio personal, nuestro compromiso social y nuestra defensa de la justicia son formas de vivir la fe que pueden resonar en la sociedad contemporánea.

En este sentido, la espiritualidad dominicana nos proporciona un marco sólido a los laicos que buscamos integrar nuestra fe con nuestra vida diaria. La búsqueda de la verdad y el amor a la justicia son componentes clave que nos pueden guiar a los laicos dominicos en nuestra misión. Dice *Christifideles laici*:

«La vida del cristiano es un camino de transformación. Un camino que, a través del seguimiento de Cristo, nos lleva a ser agentes de cambio en el mundo»⁵⁸.

CONCLUSIÓN

La vida del laico dominico es un testimonio de fe y compromiso con la misión de la Iglesia. Al vivir nuestra vocación en el mundo, los laicos dominicos contribuimos a la edificación del Reino de Dios. Nuestra vida de oración, estudio y acción es una respuesta a la llamada de Cristo a ser luz y sal del mundo. A través de nuestro testimonio, los laicos dominicos podemos influir en nuestros entornos y ser un reflejo del amor de Dios en el mundo.

La llamada a vivir la espiritualidad dominicana en el contexto actual implica una responsabilidad de ser protagonistas en la nueva evangelización, actuando con caridad y compasión. Como laicos dominicos, nuestra vida debe ser una constante búsqueda de la verdad, un compromiso con la justicia y una dedicación a la misión de la Iglesia, siempre con el corazón abierto a los demás y dispuesto a ser un instrumento de paz y amor.

Se trata de que experimentemos *una vida contemplativa en medio del mundo*, nacida de la contemplación de la historia humana, pertrechada de *la pasión por el mundo* o la compasión con la humanidad, filtrada a través del estudio actualizado de la Palabra de Dios y destinada a la predicación⁵⁹, para la *salvación de las almas*.

Es fundamental que los laicos dominicos mantengamos viva la llama de nuestra vocación, alimentándonos de la Palabra y de la espiritualidad dominicana, para poder ser auténticos testigos del Evangelio en un mundo que necesita de nuestro mensaje. Así, al vivir nuestra fe de manera coherente y comprometida, podremos cumplir nuestra misión de ser luz en medio de la oscuridad y sal en la tierra (cf. Mt 5,13-16), mostrando el rostro de Cristo a aquellos que nos rodean.

⁵⁸ *Chistifideles laici*, 34.

⁵⁹ Cf. Felicísimo MARTÍNEZ, *Espiritualidad dominicana*, Madrid 1995, p. 11.



Fraternidad laical de **Santo Domingo**

Provincia de Hispania

Este libro es fruto del trabajo en equipo de un selecto grupo de laicas y laicos dominicos. Su fin es mostrar de un modo claro y profundo las bases de la espiritualidad que viven las Fraternidades Laicales de Santo Domingo. Los participantes no se han limitado a investigar y escribir sobre el tema que se les ha encomendado, también dan testimonio de cómo viven personalmente el carisma dominicano. Así, además de aportar un importante contenido teórico, este libro nos habla, sobre todo, de cómo es la vida del laicado de la Orden de Predicadores.